



MARIANA COX-STUVEN
(SHADE)

LA VIDA INTIMA DE MARIE GÖETZ

1909

· IMP. BARCELONA ·
SANTIAGO, CHILE

MARIANA COX-STUVEN
(SHADE)

La Vida íntima de Marie Goetz



SANTIAGO DE CHILE
Imprenta, Litografía y Encuadernación «Barcelona»
MONEDA, ESQUINA SAN ANTONIO
1909

Al que fué mi compañero durante una temporada inolvidable, este libro escrito bajo su mirada está afectuosamente dedicado.

Primavera, 1909

INDICE

- Cap. I En el mar.
Cap. II. En el Consulado de Francia.
Cap. III Naranjas gloriosas.

INTERMEZZO

- Cap. IV Five o'clock tea.
Cap. V Pelliciere!

DIARIO DE MARIE

INTERMEZZO

- Cap. VI La Danza...
Cap. VII . . . «Novissima Verba».
Cap. VIII... La città dolente...

DIARIO DE MARIE

- Cap. IX Orquídeas.

DIARIO DE MARIE

- Cap. X El diálogo de la noche última.



I.

En el mar

Hay un reino en nuestro
interior...

A veces reinamos en él...

Otras veces somos esclavos.
(Comentarios).

Tengo razones demasiado particulares para no haber olvidado, después de varios años, mi estadía en Lynd, durante la estación de verano, en 190...

Una larga enfermedad y la muerte

súbita de mi padre, de quien yo había vivido separada muchos años de matrimonio, habían sacudido tan fuertemente mi sistema nervioso que preocupado mi marido, decidió que durante la segunda quincena de Noviembre, tomaríamos un transatlántico cualquiera é iríamos á refrescar nuestra frente y á tranquilizar nuestro espíritu ante las últimas nieves y los *fjörds* serenos de Last Hope, en el grado 52 de latitud austral.

Tuve apenas el tiempo material de preparar mis *toilettes*: el sastre, la modista y aún mi doncella de servicio trabajaron á cual más y mejor... Me decían que en Lynd la vida mundana era sumamente animada... Que las *soirées dansantes*, las comidas de ceremonia, las horas de música, los *garden-parties*, el *tennis*, los *match* de billa, el *skating-rink*, se sucedían continuamente, siendo una necesidad para aquellas

damas demasiado ricas que se aburrían en sus palacios demasiado recientes... Que poseían joyas maravillosas, magníficos encajes... Que una de estas damas habría traído como recuerdo de su última estadía en Europa, un aderezo soberbio, confeccionado según el modelo del famosísimo presente del Cardenal de Rohan á Marie Antoinette, de aquel presente que hizo la fortuna de los muy judíos joyeros Boehmer y Losange, y la desgracia del príncipe de Rohan y de madame de La Motte... Todas estas personas habitarían lujosos palacios y se harían servir en maravillosa vajilla de plata por criados altamente estilados.

En fin, me preparé lo mejor que pude, aún seriamente; mi marido llevaba un nombre muy conocido en la gran industria y agricultura de nuestro país: yo misma había alcanzado cierta fama en la capital, entre las *virtuose* cuya

música y canto conmovía á corazones acaso pocos exigentes... Tendríamos, pues, seguramente algunas invitaciones; y nuestra estadía se anunciaba curiosa y atrayente en aquella lejana región.

A las 6 de la tarde del 25 de Noviembre, el poderoso y grave «Orcoma» levó sus anclas y bien pronto, demasiado pronto, comenzamos á *rolar*, mecidos por una brisa del sud, demasiado acariciadora. Pasaré por alto los cuatro días de agonía medio-vividos á bordo, antes de penetrar á la mar bella y tranquila del estrecho. No vi á nadie; nada observé... Según la palabra del Apóstol aunque fuí de este mundo no pertenecí á él, sintiendo que mi cuerpo y mi alma estaban á la vez anonadados, quebrantados por ese horrible accidente que se llama «mal de mar». A pesar de las atenciones del viejo capitán Harriet que conocíamos mucho por diferentes travesías y que me enviaba toda clase de

cordiales y preventivos... A pesar de la bondadosa amabilidad de Whister, llamado el *gentle bachelor*, el solterón gentil, segundo del barco, un inglés joven de cabeza casi blanca, que á través de la cortina de seda de mi cabina me contaba las maravillas del mar, llamándolo:

«*This old sweet andt terrible wife of mine...*»

A pesar de los suaves ruegos de Woodgate, mi *stewardess*, bonita muchacha, dulce, discreta y abnegada que se escribía billetitos de amor con el mayordomo, y que me aconsejaba el gran aire del puente y la distracción de la charla (para obtener ella el don inestimable y precioso de la libertad epistolar...) nada sirvió! Los días y las noches fueron una larga agonía...

A cierta hora, durante la comida, sin duda, estos ingleses se hacían servir sus *saucers* múltiples y sus *pies* (1) innume-

(1) Cierta clase de pastel de carne ó de dulce.

rables y sus rojos *roast beefs* al son de una orquesta de cuatro instrumentos que cantaban el «*Chinaman, shop! shop! shop! el switchback railway, it is English you know* y otras abominaciones... La música inglesa no es ya un arte: es un *sport* mesurado, acompasado, anguloso, excéntrico y frío! Por lo demás, bien sabemos que no hay arte más accesible que la música. Ella sabe tomar todas las formas, todos los colores, todas las cualidades y todos los defectos... Se hace música en el templo, en el conservatorio, en los salones, en los paseos públicos, en el campo de batalla, en el circo, en la kermesse... Y al son de esta música, el hombre conmovido, ora, piensa, llora, sueña, sufre y goza... Al son de la música danzan los animales, dan vueltas los caballitos de madera en la gran pista, al grito de los encantados niños que los contemplan: y el payaso salta en el aire, haciendo

una pirueta inverosímil... Pero la música á bordo de un barco *inglés*, no es música: es un horror que nos deja indiferentes... Ha descendido tanto y héchose tan vulgar, que no se la reconoce ya como un arte, sino como el menos desagradable de los ruidos...

De súbito una gran paz. El barco no se movía; y yo sentí la vida y la alegría renacer en mí, junto con el deseo de abandonar pronto, muy pronto, la cabina abominable, y de ir á tomar el aire fresco y puro del puente. Estábamos en el Estrecho, teníamos ante nuestra vista las montañas azuladas con sus picos blancos de nieve; y tan cerca del barco que podíamos fácilmente percibir los accidentes del terreno y la débil vegetación de la ribera. El paisaje no es en sí mismo hermoso... Yo había vivido en el grado 42 de nuestro país, delante del fjörd de Oxentjerna... Sabía, pues, lo que era verdaderamente bello en la

naturaleza marina. El estrecho es imponente, y agrada entrar en sus aguas serenas porque aquello es el principio del fin... la tranquilidad, lo confortable después del *roulis*.

Allí tuve ocasión de saludar á numerosos compañeros de viaje á quienes no había visto aún: de este modo encontré al señor Gabbani, joven abogado chileno que iba á Europa con su esposa, una chilena de la capital, *pur sang*, ella; viajaban en comisión de negocios de una Sociedad Industrial. Me presentaron también á M. de Watzic, Ministro cerca del Pontífice; á su Secretario y á su niño, una linda criatura de extraordinaria inteligencia y gravedad. M. de Watzic me dijo que había dejado su familia en Roma y que su viaje obedecía á importantes negociaciones.

—«Es un gran reposo la navegación, dijo».

Yo no me atreví á contradecirle por-

que era Ministro cerca del Vaticano y que trabajaba para el premio Nobel, según me lo había referido... Pero pensé en *mi reposo* durante la navegación!..

—«Ud. trabaja durante la travesía»? le pregunté.

—Nó—respondióme importante. «Mi Secretario toma nota de las observaciones verbales que yo acostumbro hacer á propósito de todo... Yo me reposo, leyendo este libro que seguramente Ud. conoce!»

Era «La Pasión» del P. Mir.

La señora de Gabbani vino en este momento hacia nosotros: era muy amiga del Ministro cerca del Vaticano.

—«Llegaremos en media hora más, dijo, y deseo ir á tierra para ver las famosas pieles de Lynd... hablan español en Lynd, de Watzic? Ah! Dios mío, cuando pienso que me quedan aún veintiséis días que pasar en este buque!... Y allá qué iré á hacer yo sin saber una

palabra de francés, ni de inglés, ni de alemán? ¡Y para mis compras! Figúrese Ud. que mi marido me obligó á que dejara en casa casi todas mis *toilettes* diciéndome que no era posible llegar á París con trajes de acá... ¿Cómo voy á hacer para vestirme? No sé! le aseguro. Yo no tengo sino billetes, y dicen que allá *no corren*, que hay otras monedas de las cuales ignoro hasta el nombre... No me recibirán los billetes, estoy cierta...»

...—«Es tan incómodo á bordo ¿no encuentra Ud?» prosiguió aquella candida; «figúrese que la sirvienta de nuestro *cuarto*, una inglesa, viene á ofrecerme un baño cada mañana: yo no acostumbro á bañarme sino una vez al mes, y en agua bien caliente, con amoníaco, que limpia tan bien.... Mi marido me ha obligado, para seguir las costumbres *del buque*, á bañarme todos los días... tal vez para que la inglesa no nos juzgue

poco aseados... Pero el resultado ha sido que estoy terriblemente resfriada porque el agua del famoso baño no está nunca bastante caliente...»

...—«Y luego en la mesa!» «Ud sabe que nosotros *los chilenos* tenemos nuestras costumbres... y comemos á nuestro modo!... Pero mi marido no quiere ahora! El ha tomado muy pronto los hábitos *del buque* y me hace señas desesperadas porque, por ejemplo, yo, *como todo chileno*, como mi pescado con el tenedor y un pedacito de pan... Yo no sabía que aquí hay cubierto especial para el pescado... Tampoco él lo sabía, pero como es así, tan observador, luego se dió cuenta... A mí me da lástima esa pobre gente que lava la vajilla, y por esto me verá Ud. usar siempre un solo cubierto para toda mi comida...»

...—«Otra cosa que me tiene tan indispueta... nosotros no bebemos en

la mesa sino agua; ahora Willy me obliga á tomar champagne en todas las comidas... Será, posiblemente, á causa de la representación... añadió. «Ud. conoce á la señorita de Ritz, que viaja con nosotros?»

—«De vista solamente: ¿es una persona muy alta, de aire lánguido y soñador, con muchos encajes que se arrastran por la cubierta?...»

—«Sí, es muy rica; acaba de heredar de una tía, y va á París á casarse. Ella vivió mucho tiempo en París. Es muy buena: me ha prometido ayudarme en todo *por allá*... Mis chiquitines, pobrecitos! cuando pienso que tienen cada día y en abundancia pollo y huevos frescos... Dicen que en París no se encuentra un huevo fresco... y se comprende! con tanta gente... Aunque ahora, según oía decir el otro día, la población disminuye mucho en Francia...»

Refiero aquí fielmente lo que oí... y sentiré siempre que la media hora última que nos separaba de Lynd, no se hubiera prolongado más... Era delicioso aquello...! Sobre todo cuando el marido se aproximó, y pudo oír los últimos conceptos de su esposa... El Ministro ante el Vaticano, contemplaba el mar... El con toda su diplomacia no habría podido impedir á la sencilla señora de Gabbani de hablar como hablaba... El señor de Gabbani se puso algo colorado, y tomando á su mujer por el talle, la hizo alguna observación sobre la blancura de las montañas... (y acaso deseó verla sepultada entre ellas...) Por lo demás él debía estar acostumbrado... Su matrimonio duraba más de nueve años... y luego, todo eso es siempre irremediable...!

En fin, á las cuatro de la tarde del 1.º de Diciembre nuestro vapor anclaba en la rada de Lynd. Bajamos en el hotel

Bricket á orillas del mar, á algunos pasos de las olas y sentimos la deliciosa embriaguez del aire, salimos de aquel silencioso puertecito... que debía serme inolvidable. Nuestro primer paseo por la ancha calle que empezaba con el muelle de desembarque, nos hizo ver las tiendas, los *stocks* de pieles y los depósitos de fruta que se veían provistos de lindos specimen—uvas doradas, sandías y melones en perfecta madurez, duraznos y verdura variada... Todo esto bajo una temperatura de 18º y en el grado 52 de latitud ¡Juzgaba de todo aquello como productos de la región!... Luego supe que las uvas venían de España, de la vieja Málaga de cuyas recientes inundaciones desastrosas habíamos visto las desgarradoras escenas... Y los duraznos aterciopelados, de vivo color, venían de los conservatorios de Montevideo, la blanca ciudad... Y lo demás del espléndido suelo de Río... Unicamen-

te nuestro Chile no estaba allí representado en lo que constituye la gloria de su clima!

Aquel día mismo, Mr. Bricket nos instalaba confortablemente en un departamento de tres piezas que miraban al mar y al vasto horizonte, vestido en aquella hora de una hermosa luz roja y oro. El buen hombre se excusaba de no poder proporcionarnos mejor alojamiento: había muchos pasajeros en su hotel y las piezas preferentes habían sido arregladas especialmente y con meses de anticipación para la señora extranjera... y su marido.

Hubo todo un capítulo de psicología en esta sencilla expresión del hotelero: como quien dice *la reina y el príncipe consorte*... Experimenté desde luego una especie de curiosidad por ver aquella dama, y me dije que bien pronto tendría para ello la ocasión, puesto que éramos próximos vecinos. Así, cuando

el último golpe de *gong* resonó en el hotel llamando al comedor, yo no había descuidado mi *toilette*, que hice por el contrario con especial esmero, y fué con la idea de encontrar á la *señora extranjera*... y á su marido, que entramos en la gran sala.

Este comedor era sencillo, modesto aún en cuanto á su decoración y al general aspecto de las mesas de cuatro asientos, con su albo mantel y un gran *bouquet* de helechos, todas similares, salvo la del juez, la autoridad más apreciada en la ciudad; una excelente persona, por lo demás, tristemente herido por cruelísima dolencia que lo permitía apenas estar de pie. Poco á poco la gran sala se llenó de un mundo cosmopolita, como la ciudad misma. Ingleses vestidos de gran etiqueta, de rostro rojo por el *whisky* y el gran aire de las lejanas estancias, cuya distancia debían salvar al galope de su caballo,

por campos blancos de nieve, ó por inmensas llanuras quemantes de sol, segun la estación. Americanos bulliciosos, poco reservados: con corbatas de color inverosímil, como el de sus calcetines y de sus chalecos de fantasía... Franceses mal vestidos, comiendo mal, gesticulando mucho, interesantes, sin embargo, por momentos, á causa del *sprit* siempre en ebullición de sus expresiones y la superioridad de los temas de su conversación... algunos de ellos condecorados con la cinta roja de la *Legión de Honor* y del *Mérito Agrícola*, la mayor parte estancieros, dueños de ganado... Holandeses cuya estructura hacía recordar á los personajes de Rubens ó Van Dyck, enormes, musculosos, de ojos claros, de cara redonda y carnosa, de soberbios dientes, risueños, buenos chicos!... Austriacos, alemanes, noruegos de cabeza dorada, de ojos soñadores, lentos, fijos, tranquilos y sere-

nos como sus *fjörds*... En cada mesa se hablaba un idioma diferente: era el antiguo cenáculo, la Torre de Babel... algo de muy curioso é interesante aquella sociedad en la cual podía fácilmente distinguirse la característica de cada nación, porque casi siempre observé que ella está más ó menos fielmente representada por cada uno de sus hijos.

Súbitamente, la luz, una imperfecta *rèclame* del sistema sueco de petróleo incandescente, se apagó casi por completo durante algunos minutos... Cuando volvió á brillar, pude ver en el fondo de la sala y reflejándose en el gran espejo del centro, dos figuras que parecían haber sido suscitadas por la luz misma. Las lámparas brillaban extraordinariamente, mostrando en toda su altiva presencia la silueta de un hombre de 32 á 35 años, alto, perfectamente hermoso, fuerte, bien constituido, de cabello castaño, blanquecino hacia las

sienes, de ojos muy claros y de tranquilo mirar. No llevaba ni bigotes ni barba, lo que le daba un aspecto juvenil; tenía una de esas fisonomías francas y claras que sirven de superficie á un alma sana y sencilla, fresca y sin complicaciones «un alma *campestre*», como diría una amiga mía. Delante de él, frente á frente, estaba una mujer de 28 á 30 años, rubia, de un rubio ardiente, peinada con una soberbia trenza que coronaba su cabeza como una diadema real. Su toilette, una larga falda de Irlanda, blanca, estilo imperio, anudada de terciopelo negro alrededor del tallo fino y perfectamente libre. Ambos estaban aún de pie; ella permitía á su marido que la despojase de su gran abrigo de Liberty negro forrado de cisne blanco; se sentaba en seguida mientras él hacía una discreta señal á su criado para que viniera á colocarse en su sitio.

De este modo apareció por vez primera ante mis ojos, Marie Goetz, la mujer inolvidable.

No sé si dije que era muy hermosa: acaso no lo era! Pero entre mil fisonomías, la suya debía llamar poderosamente la atención á causa del delicioso efecto de su enorme cabellera rubia sobre una frente hermosísima de nivea blancura; sobre su rostro apenas sonrosado... y sirviendo de dorada aureola á sus ojos oscuros, á sus cejas y pestañas sedosas, á un busto de líneas purísimas y armoniosas: á un cuello perfecto, admirables hombros y brazos y manos divinas... Acaso no era una belleza: pero, más tarde pude observar que, en el teatro, en el baile, en el hotel, en la iglesia, en la calle, en el almacén, en todas partes, las miradas de todos eran para ella. De este modo desde el primer momento las mías se fijaron en su figura para estudiarla, porque llamó

é interesó vivamente mi atención... Pero, ella se guardó á mi observación, aguda sin embargo. No pude saber si era vivaz, ó feliz, ó si estaba preocupada; ni si parecía desgraciada ó triste ó animada... Vi que estaba maravillosamente vestida, y nada más!

Hay fisonomías y gestos que revelan al que observa toda la historia de un alma y yo poseía tal hábito deductivo que, inconscientemente y de un modo general mi mirada buscaba esos signos que en una fisonomía cuentan el secreto *penchant* que revelan un temperamento ó que demuestran una costumbre... y estos signos los encontraba casi siempre, confirmados más tarde por un conocimiento más perfecto del sujeto... Pero aquella mujer era impenetrable: me apareció revestida como los guerreros antiguos, de una invisible cota de malla que debía sustraerla á la curiosidad de toda arma... Y su actitud

era sencilla sin embargo!... Pero yo sentía un misterio en esa misma sencillez... Miraba muy lentamente, muy fijamente, y se veía que *ella no veía* lo que miraba... Sabía, porque una mujer lo sabe siempre, que todas las miradas estaban fijas en ella... y ella aparecía como aislada por la acción de un interno movimiento, y lejana del medio actual por la fuerza de un pensamiento que la abstraía, y en virtud de un acto de voluntad. Esta actitud nada tenía sin embargo de impertinente ó de atrevida... Venía ciertamente de una ausencia interior de lo que la rodeaba y de la concentración de su sér moral en un solo pensamiento. Hubo un instante en que miró hacia donde yo estaba, muy fijamente, sin pestañear... Se encontraron nuestros ojos; pero á pesar de mi hábito de análisis, no supe definir, adivinar ni su impresión ni la mía. Recuerdo únicamente, hoy día, que

aquella criatura me absorbió de más en más, y que cuando se levantó de la mesa, tuve una sensación parecida á la que produce un *pesar conocido* ó una súbita obscuridad, como si alguien que era muy querido para mí hubiera puesto alguna distancia á mis afectos, ó alguna luz se hubiera apagado súbitamente... y sentí un deseo vivo ó de conocer la intimidad de aquella mujer ó de dejar á Lynd é ir á reunirme con mi hijo aquella misma noche.



II

En el Consulado de Francia

Algunos días más tarde, el Cónsul de Francia daba una gran comida, invitados á la cual, debíamos encontrar la *élite* de la sociedad de Lynd.

La encantadora esposa del Cónsul, Madame Girard, era una hermosa joven del más puro tipo español: uno de esos seres en que la inteligencia más clara y más graciosa se ha unido á la bondad más perfecta y más amable: excelente madre de cuatro niños ya crecidos que hacían sus estudios en Inglaterra y Francia. El Cónsul, monsieur Girard,

era un hombre de cuarenta años, frío en su primera acogida, muy observador, y en el fondo muy apasionado y vibrante. Muy joven y poseedor de una pequeña herencia, había salido de París y llegado á Lynd cuando aquello no era sino una Colonia Penal: gracias á su energía, á una salud de fierro y á una inteligencia intuitiva de los negocios, había llegado con su tenaz voluntad secundada por un gran éxito á la situación más envidiable. Asociado luego después con Brice, el conocido millonario, dueño casi absoluto de las negociaciones de una gran Sociedad Explo-tadora de ganados, Girard, Cónsul de Francia en Lynd, era una de las primeras figuras de la ciudad nueva y floreciente, cuyo comercio aumentaba cada día, principalmente gracias á la liberación del impuesto aduanero y á la actividad y á la riqueza de los estancieros dueños de innumerables ganados.

La casa habitación del Cónsul, es la gran hospitalaria de Lynd: el sencillo encanto de Madame Girard, la vieja cortesía francesa, encarnada viva é intacta en el Cónsul, producen, una vez que nos encontremos en su hogar la agradable sensación de un perfecto bienestar.

Fuimos presentados al señor Gobernador y á su señora: al señor capitán Albany y á su esposa, una linda joven muy mal vestida y peor pintada: al marqués y marquesa de Castel, él un gentilhomme español de la más vieja nobleza castellana; ella una preciosa criolla de Buenos Aires: al Cónsul americano, Brice y su esposa, bella y distinguida, muy elegante, llevando magníficas alhajas: al doctor Wetnetsof, el gran amigo de todos, un hombre de cuarenta años, de simpática fisonomía expresiva é inteligente... algunos jóvenes de la capital; otros venidos de las

estancias vecinas á comer en casa del Cónsul, extranjeros y chilenos que vivían la misma vida de negocios, y se reunían en el agrado de las mismas relaciones sociales.

La conversación se hizo muy pronto animada; naturalmente, todos deseaban conocer nuestra impresión sobre la extraña ciudad y su medio ambiente. Hablamos de lo que habíamos visto; el hotel y su sociedad cosmopolita, de una expedición sueca llegada recientemente á Lynd para visitar los *fjörds* australes y cómo nos había cabido la suerte de entablar una interesante conversación con estos hijos de antiguos *vikings*, tan constantes, tan tenaces, tan valientes, en su espíritu idealista, soñador y perseguidor de ideal... Por fin, hablamos de nuestros vecinos... Supe de este modo, no sin sensación de placer y de curiosidad, que debían llegar en un momento más, y que, aún, no se esperaba sino á ellos.

—«Son personas muy distinguidas», dijo el Gobernador, que se las daba de conocedor.

—«El es bastante bien, dijo la esposa del capitán Albany, ella es más bien insignificante... luego, sus *toilettes* tan raras... ¿No es cierto Blanche?»

Blanche era la esposa del Gobernador.

—«Apenas si los he divisado, respondió Blanche, mi marido ha ido ya á dejar nuestra tarjeta mientras ellos habían salido en excursión á la mina. Los invitaremos próximamente».

—«Ah! nosotros también, naturalmente: sólo que con estos extranjeros no se sabe jamás...»

—«Perdón, señora, dijo el Cónsul: con estos extranjeros se sabe muy bien. El, es hijo mayor del famoso M. Goetz, el gran banquero, el hombre de confianza del difunto conde de París. En cuanto á Mme. Goetz, si no puedo decir á Ud.

su nombre de familia, puedo asegurarle que es una mujer cultísima que posee cuatro idiomas á la perfección y que es el brazo derecho de su marido en su ardua tarea... Pero ahora vienen, Ud. podrá juzgarlos á su gusto...»

M. y Mme. Goetz hicieron su entrada sencillamente; Madame Girard estuvo encantadora de naturalidad amable: las otras señoras, y particularmente la joven mal pintada, devoraban con los ojos á la extranjera, á la *enemiga*, acaso! Nos presentaron; Madame Goetz estrechó mi mano, entornando los ojos y sonriendo delicadamente. Luego, como no se esperaba sino á ellos, pasamos todos al comedor.

Yo tenía mi asiento á la derecha del Cónsul y al lado de M. Goetz; en frente, mi marido, Madame Girard y Madame Goetz. Mme. Girard llevaba un hermoso traje de gasa negra toda pailleté de oro cuyo delantero estaba cubierto de

brillantes que figuraban ramas y flores. Madame Goetz estaba vestida de gasa blanca: un traje estilo Imperio, plegado finísimamente y sin adornos. Dos magníficas perlas lucían en sus pequeñas orejas y un hilo de gruesas perlas daba vueltas en su cuello de admirable blancura. Se veía que su cuerpo estaba libre de toda traba exterior destinado á mantenerlo esbelto y fino, firme y recto: el busto duro y saliente, muy pronunciado, de perfecta y armoniosa línea. Su peinado, el mismo de la primera vez: alrededor de la nuca la gruesa trenza rubia, atada con un nudo de terciopelo negro, brillaba con un reflejo de oro.

El comienzo de una comida de etiqueta es, generalmente, frío y ceremonioso; es un momento difícil para los anfitriones y convidados: pero basta á veces el buen humor de un solo huésped para que los demás se sientan influenciados por él y para que luego se

despierte entre todos una especie de intimidad creada por las mismas circunstancias. Pronto la conversación empezó en un tono muy animado... Hablamos de esa curiosa ciudad de Lynd, tan refinada bajo cierto aspecto, á causa de su gran contacto con el mundo viejo... tan atrasada en otro sentido... sin pasado, sin historia, sin otro recuerdo que los horrores de la época en que era todavía Colonia Penal. Se experimenta al llegar allí la sensación de algo tan nuevo, tan reciente.

—«Es el momento, dijo Goetz, de comenzar la historia artística y moral de esta ciudad, puesto que lo demás está ya efectuado ó en vías de efectuarse rápidamente y que las bases comerciales son seguras y ciertas. Los edificios que Uds. han levantado en Lynd, son la traducción de sus esfuerzos y del éxito de todos los *pioneers*, muy especialmente de Uds., señores Cónsules; tanto sus ca-

sas de habitación como sus casas de comercio son verdaderos monumentos que equivalen bien á los de cualquiera otra parte...»

—«Eso será para la generación futura, dijo M. Girard. A fuerza de trabajo hemos formado nuestra fortuna... Sea para nuestros hijos el provecho de ella, y el afán de perfeccionar su vida, dándose el placer de la belleza. El arte no era nuestro sueño!.. aunque nuestras viejas almas latinas no han cesado de comprenderlo y de amarlo. Será la necesidad de nuestros hijos y vendrá ciertamente cuando las inteligencias entren al reposo que trae la fortuna estable... Por lo demás, es de sentir que la historia artística de un pueblo ó de un país, comience justamente con su decadencia...

—«Por el momento, como cualquiera poblada africana, no conocemos sino el arado... Mañana nuestros sucesores to-

carán el tamborín», dijo el abogado Wetnetsof. Es necesario, en primer lugar, perfeccionar nuestras industrias... Lo bello vendrá después, cuando las inteligencias se reposen, como dice mi amigo Girard...»

—«No estoy de acuerdo con Ud., doctor, dijo Goetz: Ud. sabe muy bien que de un extremo á otro del mundo, el hombre no esperó perfeccionar sus industrias para crear lo quellamamos «las bellas artes», tanto este lujoso accesorio le pareció una necesidad. Sería curioso analizar á qué voces obedeció al crearlos, de qué pueden servirle, qué le trae su invención...»

—«Pero si estamos rodeados de artistas! dijo mi marido. Bastaría que nos pusiéramos de acuerdo sobre el significado ó acepción que damos á esta palabra, para lograr entendernos... Si Uds. que dicen que hablan del *Artista* como de ese *sér ligero, alado y sagrado*, que

Platón define, confieso que en Lynd sea difícil encontrarlo... Todavía no es su hora. Homero habla también de los *Artistas* como *envenenadores públicos*... Lo que no será atribuido al cocinero de Ud., señor Cónsul, que es un artista creador, del genio más amable, añadió riendo. Uds. saben que el carácter del arte es ser una ciencia destinada á darnos placer y á hacernos honor... Y es en este sentido que me permito decir que tanto Uds. señores Cónsules en el admirable trabajo que han emprendido aquí, como Madame Girard y todas estas amables y bellas señoras, en su talento para formar su familia, para dirigir su casa, sus obras de humanitarismo... y aún... las combinaciones de su toilette, son todas artistas! á fe mía. Debo añadir que sus descendientes tomarán otros senderos en la existencia sentimental del porvenir, y no dudo que serán de reputación en la pin-

tura, en la escultura, en la música, en la arquitectura que sirve de morada á Dios y al hombre... Uds. son de mi opinión, señoras!...» continuó dirigiéndose á Madame Girard y á Madame Brice, la consulesa americana, que sonreían á la sinceridad de sus palabras.

—«Cumplimos con un deber que es á la vez para nosotros un agrado, dijo Madame Girard. Al principio, la vida en Lynd era muy dura; me parecía que el clima, la separación de mi familia, la soledad y las dificultades materiales de Lynd, todo estaba en contra mía... Pero ahora mi hogar me ocupa completamente; luego, viajamos mucho: nuestros hijos estudian en Europa muy satisfactoriamente. Llevamos una vida tranquila, y esperamos una ancianidad dulce y agradable»...

—«Esperarán Uds. mucho, señoras, dijo galantemente el Gobernador».

—«Luego, nosotros hemos asistido á

la metamórfosis de una ciudad, lo que es muy interesante, añadió la esposa del Cónsul americano, con su voz cantante, deliciosa en su acento argentino. Conocemos cada piedra de Lynd, porque bien que nacida en Buenos Aires, me casé acá, y habitamos Lynd, desde varios años. Esos viejos austriacos del faubourg vecino al hotel de Uds., Mr. Granville Moore, nos han visto desde pequeñas, y me sucede á menudo oír que, quitándose la arrugada boína el viejo Lorenzo me dice todavía, saludando de muy abajo:

«¡Adiós, donna Pepita! como me llamaba cuando tenía doce años»!...

—«Y nuestros hijos han nacido en Lynd, añadió la graciosa marquesa de Castel, con encantadora naturalidad».

—«¿Ud. no tiene hijos, Madame Goetz?»

—«Nó, marquesa: soy como la higuera de la leyenda bíblica, que debería ser quemada por inútil, dijo Madame Goetz

riendo, algo confusa y con un ligero acento de melancolía... Según me pareció».

—«Acaso es Ud. delicada de salud, preguntó Madame Girard, afectuosa.

—«Al contrario, señora, tengo á mi servicio un sistema nervioso muy potente y que me ha sido muy fiel, respondió Madame Goetz con una dulce sonrisa. «Y Ud, señora? prosiguió la joven dirigiéndose á mí...

No supe á punto fijo lo que ella quería preguntarme... Pero recuerdo que me sentía dispuesta ignoro por qué, á hablar larga é íntimamente con aquella mujer que, por momentos, parecía absorbida por un pensamiento ó por una visión que yo quería conocer... Ella me atraía: yo no podía dejar de mirarla. Admiraba su *toilette*, diciéndome sin embargo que no tenía nada de tan extraordinario... pero sus alhajas, sus cabellos, sus manos, la manera de dirigir la

palabra, cerrando los ojos durante un segundo como si se arrancase á alguien ó á alguna cosa... como si hiciera un esfuerzo... todo en ella tomaba un aspecto nuevo, casi misterioso! y sin embargo todo en ella era el propio tiempo tan natural, tan perfectamente sencillo y armonioso! Yo me decía: «Cómo debe quererla su marido». ¿Por qué? No lo sabía... Era una impresión. Yo habría querido sorprender en su rostro alguna expresión cuando habló de la soledad de su hogar sin hijos... Pero nada pasó á su voz: nada que pudiera expresar ni el deseo, ni la pesadumbre, ni un sentimiento de alegría... Poco á poco me sentía inclinada á quererla mucho, á hacer nuestra amistad que adivinaba segura, muy íntima, y á interrogarla... y á consolarla... Pero ¿de qué? Ah! yo no lo sabía!

¡Oh Séneca! ¿quién te creará? Recor-
dé tu palabra de consejo que revela tu

prudente sabiduría. Elegir primero, amar en seguida. «*Elige, postea dilige...*» me habías dicho más de una vez sacudiendo tu cabeza blanca... Pero ¿cómo hacer cuando una criatura de misterio y de extraordinaria atracción se impone desde el primer momento á nuestra viva simpatía, atrae á la vez nuestras miradas y nuestro corazón por un oculto y sutil encanto que se exhala de ella; cuando viene hacia nosotros inconciente y con una serena claridad sobre la frente?...

El salón de Madame Girard, del más puro Luis XVI, magnífico y confortable á la vez, revelaba un gusto natural muy refinado por los viajes y por la observación fina de una mujer inteligente, que tiene sus ideas. El piano, un excelente Steinway á tres pedales, estaba colocado entre dos grandes ventanas que se abrían sobre el conservatorio, en medio del cual, durante las noches tem-

pladas, cantaba una fuente, entre la verdadera y la penumbra de la tamizada electricidad. En Lynd, aún no se es musical... Pero como la mayor parte de estas damas habían viajado bastante, su gusto se había formado según las exigencias de su espíritu. La señora de Albany declaró que para ella la *verdadera* música era la *alegre* música; los walses que invitan á la danza, las polkas y particularmente el gracioso *two steps* que se puede bailar conversando, «salvo, dijo ella, cuando su *partner* es un americano».

—«Ud. canta admirablemente, aseguran, añadió dirigiéndose á mí. «¿Conoce Ud. una romancita titulada *«la Tonkinnoise?»* Yo la adoro! es tan sentimental...! tan inspirada!... habla al corazón ¿no es así?... Yo no comprendo bien el francés, pero mi marido me explicó que es la historia de un gentil enamorado... Dice Joujon que esta ro-

manza le hace recordar los naranjos de Honolulu...»

Me vi obligada á ensayar aquel espléndido piano con semejante vulgaridad! Sin embargo, á medida que avanzaban los sonidos del instrumento me tomaron de tal manera y me conmovieron tan profundamente que pude cantar bien, aun muy bien aquella *chansonnette* tan trivial.

Madame Girard declaró que ella gustaba extraordinariamente de la música norte-americana. «Yo no sé expresar, dijo, la sensación que produce esta música un poco salvaje, melodiosa, atormentada, que tiene una fisonomía personal, y característica... no se parece á ninguna otra; y así como el americano, creador de cualquiera obra es él mismo un tipo nuevo, que no es el inglés, ni el francés, ni tiene de italiano, ni de ruso, ni de la familia europea que conocemos; así su arte está matizado diferentemen-

te, con algo de exótico que lo hace sumamente atrayente... Ud. conoce la *Operette* «*She was bred in old Kentucky?*» Oh! es deliciosa, continuó; «es una música que juega con nuestro sentimiento y nos hace á la vez reír y llorar... En París hacía furor el año último...»

Sí, yo la conocía aquella música y bien que el segundo acto sea excesivamente polífono, ensayé la romanza *O my beloved, it is the hour...* y Madame Girard cantaba las frases en un francés muy puro.

Entre tanto, los caballeros que se habían quedado en la sala de billar, delante de su café y licores, venían al salón, atraídos por los ecos del piano que resonaban como una trompeta de llamada. Goetz me rogó que tocara para él el *Träumerei* de Schumann, del cual no se cansaba jamás... «Luego después, algunos trozos de ese extraño y fantástico Paderewsky...

«Pero no su «*momento musical*, por ejemplo! dijo, extendiendo sus manos casi sobre las mías para detener los primeros compases... «Es enervante, fué concebido en una mala hora!... es venenoso, malo! Ataque Ud. el *Chant du voyageur* que es la voz del aldeano soñador y tranquilo ante la misteriosa naturaleza, en medio de la estepa blanca...»

Toqué yo con toda mi alma: sentía como si un espíritu nuevo y desconocido animase aquella asamblea, actuando poderosamente sobre todos, aunque de diferente manera... Sentía como si un fluido misterioso hubiera penetrado en mí, que de mi cerebro descendía á mis dedos, creando notas de una suavidad, de una unción, de una ductilidad extraordinaria. Fuí perdiendo de este modo la conciencia exterior, y me absorbí en esa región ultraterrestre á la cual el arte musical tiene el poder de

arrebataarnos, vencida por el absoluto dominio que ejerce en las almas que lo comprenden y que lo aman...

Un momento después la reunión había tomado su aspecto banal: me aproximé á Madame Goetz, la veía pálida y conmovida y sus ojos brillaban con extraordinario brillo.

—«Ud. es una artista, Madame Granville Moore, me dijo: Ud. hace más que comprender el delicioso arte de la música; Ud. añade matices de su propia impresión á las ideas de los maestros. Es de este modo que el *Chant du voyageur*, que otras veces me pareció banal, adquirió esta noche y bajo sus dedos de Ud. un acento completamente nuevo que me ha conmovido hasta el sufrimiento...»

—«Es que Ud. misma es una artista».

—«Mi gusto se ha formado oyendo las inspiraciones y creaciones de mi hermana, mi *buena alma*, que por mo-

mentos y según el medio-ambiente es tal vez una artista...»

—«¿Vive con Uds?»

—«Oh, sí! Siempre, respondió con acento ferviente.» ¿Quiere Ud. venir á vernos? Estamos en el mismo hotel, sabe? Nosotros tomamos té á las cinco. Yo estaré muy contenta de *conocerla*...»

Diciendo estas palabras y sin aguardar mi respuesta, se levantó.

Aparecióme de súbito más alta y más fina que antes... Tomando una silla se sentó y dijo al abogado Wetnetsof:

—«Ud. habita siempre en Lynd, doctor...?»

—Sí, señora, dijo el otro, encantado con aquel aparte.

—«Y cómo hace Ud. para habituarse acá después de sus largos viajes al extranjero...?»

—«Tengo mi casa, donde espero obtener el honor muy pronto de recibir á Ud. y á su marido, respondió Wetnetsof:

trabajo bastante todo el año como abogado de numerosas sociedades inglesas, francesas, holandesas y austriacas que se han formado acá para las diferentes explotaciones... y cuando estoy cansado me voy...»

—«Y Ud. piensa irse muy pronto, parece?...» M. Wetnetsof, añadió la encantadora mujer, con ese gesto acostumbrado que la hacía cerrar los ojos durante un momento breve... Permítame contarle una historia que le probará que Ud. no es un desconocido para nosotros... La escena pasaba en X, en un salón de millonarios; muchas damas y señores hablaban de todo, es decir del prójimo como sucede generalmente en sociedad. Y he aquí que el dueño de casa, comenzó á comentar un rumor que corría desde algún tiempo en la ciudad sobre la reputación de un antiguo amigo... un caballero que había cometido una falta *comercial*. Todo

el mundo escucha: todos aceptan aquel rumor como verdad por el solo hecho de la debilidad humana... y las hermosas damas indignadas, decidieron que aquel individuo no vendría en adelante á sentarse á la mesa de su comedor de ceremonia, ni sobre las bergéres de su salón. Súbitamente una voz—una sola—se alzó y dijo: «Perdón, señores; encuentro poca nobleza en atacar á alguien que no esté presente y no puede defenderse. El es mi amigo; él ha comido á mi mesa con todos ustedes: yo lo conocí aquí, lo encontré aquí hace muy pocos días; tomo su defensa, primero porque es mi amigo, luego después porque está ausente, y añado que si no se cambia de conversación, tendré el profundo sentimiento de retirarme...»

«Monsieur Wetnetsof, prosiguió Madame Goetz, diga, se lo ruego á esa voz que debe ser conocida para Ud., que yo deseo ser amiga verdadera del amigo de

ese otro amigo... Estamos siempre en casa á las 5 de la tarde: es nuestra hora de música y de té, dijo ella y la hora de los amigos. Si Ud. no se marcha de Lynd tan pronto, Ud. nos mostrará la ciudad... Me dicen que posee un alma oculta que se revela poco á poco muy interesante...»

Diciendo estas palabras Madame Goetz hizo un signo á su marido y tomando la mano de Madame Girard en afectuoso gesto:

—«Qué buena soirée», dijo «y cuán breve ha pasado!»...

Hizo con la cabeza un sonriente saludo á las damas y señores; se acercó á mí y besándome en la frente:

«Merci de vos bonnes pensées», me dijo, y desapareció.



III

Naranjas gloriosas

El capitán Albany, de Lynd, era una excelente persona... solamente que lo era demasiado, y ya sabemos que en este abominable mundo, todo exceso, aún el de la bondad, evoluciona y se transforma en una materia que no es exactamente *espiritual*... Era joven, corría una bonita carrera, y su estación de dos años en Lynd, debía procurarle un ascenso. El capitán Albany no tenía en sí ningún elemento contrario ni malo, salvo una costilla... que la celestial Potencia le había arrancado duran-

te algún letargo, para formar con ella á su mujer, si debemos creer al Génesis explicativo.

Y era bonita aquella costilla!... Tenía un talle finísimo, aunque más estrechado de lo que su comodidad hubiera querido: ojos negros muy expresivos, magníficos cabellos negros, y una tez y dientes espléndidos. Solamente, ella debía ser romántica, ó pretendía serlo, porque aún sin poseer en su pequeña *ánimula* ningún motivo de melancolía, había recurrido al carbón para crearse al rededor de los ojos una sombra dolorosa, un poema melancólico... Ella no tenía más que un gesto que hacer y el poema estaba escrito...

Madame Albany amaba entrañablemente á su marido: estaba orgullosa de sus galones de oro, y deseando hacer resaltar sus cualidades de marino experto, narraba espeluznantes escenas de salvataje en el mar, atrevidas explora-

ciones en las cuales *Joujou* era siempre el héroe. *Joujou*, él, era de una modestia encantadora, acaso por naturaleza... acaso también porque se contaba á la sordina, que en cierta ocasión, entrando al puerto de X... con su barco, éste y su comandante que no era otro que *Joujou* en persona, habían ido á dar contra la puerta de una casa de la orilla, en la cual ni el barco ni *Joujou* tenían amistad...

Así, mientras su esposa hablaba, él permanecía con sus dos manos cruzadas bajo el vientre, con plácida sonrisa, los ojos bajos, y el labio superior arqueado por un gesto dulcísimo... demasiado dulce. De todos sus viajes y de todas sus aventuras, él no había retenido sino un solo nombre... un recuerdo solo... el de Honolulu, la ciudad tropical, soberbia en su indolencia... La imaginación del capitán había quedado para siempre prendida entre las

sombras de los inmensos plataneros, las cañas de azúcar, los bosques de naranjos perfumados, pintados de oro... Y Madame Albany, celosa aún, después de *doce años* de matrimonio, de aquella estaba lejana de su marido en Honolulu, insistía continuamente en que ella estaba segura, que «no era solamente por el paisaje que Joujou permanecía fiel á su recuerdo...» Joujou miraba á todos, sonreía bajando los ojos y pensaba tal vez en silencio que, ciertamente en Honolulu las nativas eran menos exigentes que en Lynd...

Al día siguiente de la comida en el Consulado de Francia, los Albany vinieron á dejar su tarjeta en casa y donde los Goetz, á quienes yo no había vuelto á ver. Nosotros no estábamos en el Hotel; volviendo encontramos sobre la mesa del pequeño salón tres tarjetas con una amable invitación de Madame

Albany para su té de las 3 P. M. el jueves próximo.

Ese mismo día recibimos al Gobernador M. Viot y á su esposa, una joven magnífica de apariencia, algo miope, de ojos verdes muy claros; muy buenos, muy sencillos. El Gobernador habló de millones perdidos en especulaciones, y de cómo había aceptado aquel puesto, esperando un alza posible y aún probable, de sus valores.

Viot y su mujer recibían mucho, llevaban *grand train* y en Lynd se les quería á causa de su hospitalidad gentil y graciosa. Viot era en el fondo un hombre excelente; y si su manera de hablar le era desfavorable á veces, no se podía dejar de apreciarlo por sus buenas maneras, por la sinceridad y rectitud de su conducta y por su amabilidad, hecha de bondad de corazón. Ellos nos invitaron á su almuerzo habitual del domingo, al que estaban siempre los gran-

des de Lynd, y Viot nos dijo gentilmente que en especial aquel domingo reuniría en su casa todo lo que Lynd encerraba de atrayente é interesante.

—«Le mostraré también mi colección de sellos, M. Granville- Moore, añadió, ¿es Ud. *amateur* como yo? Le prevengo que esta colección vale bien sus £ 5,000...

—«No, yo no creo que sea tanto, dijo Madame Viot, algo confusa de esta colección cuyo precio aumentaba en muchos cientos de libras cada vez que el Gobernador hablaba de ella...

—«Es un gusto que no he sentido nunca, Gobernador», dijo mi marido.

—«Es que, Ud. sabe, yo tuve una fortuna enorme hace algún tiempo, y estos restos conservo para mis hijos... Dígame, añadió cambiando de tema puesto que ya se había dado el placer de *realizar* su colección ¿sabe Ud. si

Monsieur Goetz y su encantadora esposa son gentes de fortuna...?»

—«Ella tiene perlas magníficas, dijo Madame Viot, dirigiéndose á mí ¿no se fijó Ud. ayer?»

—«Sí, pero, sobre todo, mi atención se detuvo en ella... y me extendí en consideraciones que fueron interrumpidas por un bostezo disimulado, lo que me hizo comprender que bien podía cambiar de tema.

—«Ignoro todo sobre los Goetz, respondió mi marido á la pregunta del Gobernador; pero veo que acá en el hotel tienen su servicio completo: un chef, una doncella, un *chauffeur*; su auto es un magnífico *mércédès*. No hemos vuelto á verlos desde la comida del Consulado...»

—«Nosotros vamos ahora á saludarlos, dijo Madame Viot levantándose. Espero que la veré antes del domingo añadió tomando entre las suyas mis ma-

nos en un gesto familiar y afectuoso. Ud. conocerá á mis niños á mi *baby* que es lindo como un ángel... Ud. tiene niños, verdad?»

—«Oh si; yo tengo un chiquitín de cuatro años que hube de dejar lejos, en casa de la abuela que no sabe vivir sin él... Pero no la detengo más tiempo, señora! Iremos á ver á Uds. muy pronto...»

Sobre estas palabras nos separamos.

.....

Hacia el crepúsculo hubo una hora muy hermosa en nuestro balcón: los crepúsculos son muy largos en la región austral durante el verano. El mar aparecía sin un pliegue y una brisa suavísima acariciaba nuestra frente. Nos quedamos mucho rato mirando aquel pedazo de cielo desconocido, y vestido en aquella hora del combate de luces, de púrpura y de oro.

—«Qué bien se vive y se descansa

aquí, dijo mi marido; es el reposo absoluto para los nervios y para el espíritu...»

—«Sí, es delicioso este sitio por su tranquilidad... No decíamos otro tanto ayer, antes de haber recibido cartas de mamá y la firma de nuestro Jack... Ah! cómo deseo verlo!... ¿No encuentras tú que esta dama es misteriosa?... dije yo, siguiendo mi obsesión...

—«Al contrario, ella me pareció sencilla y como todo el mundo»... dijo mi marido, pensando seguramente en Madame Viot...

—«Tú crees que te hablo de Madame Viot?... Pero no! es de Madame Goetz que...

Como una evocación, vi en el marco de la puerta que separaba nuestro salón del hall la silueta graciosa de mi vecina que decía:

—«Vi la puerta abierta... golpeé sin embargo: pero estaban ustedes tan abs-

traídos por esta tarde de belleza que no oyeron mi llamado»...

Yo iba á responder: «Pero si pensaba en Ud... Pronunciaba aún su nombre...»

Respondí: «Estoy mui contenta de haberla vuelto á ver...»

—«Monsieur Granville Moore, mi marido que debe venir en un momento más, recibió en el instante de salir, la visita de un señor, alto dignatario de la marina, que hizo pasar su tarjeta casi delante de la puerta de Uds... Y, ¿cómo pasan su vida acá?...»

—«Oh! nuestra vida acá data de tan pocos días que aún no está organizada: hasta ahora no hemos hecho más que recibir visitas»...

—«Entonces Ud. encontrará difícilmente tiempo para escribir, dijo ella porque yo sé que Ud. escribe... Y muy bien... ¿Por qué escribe Ud?...»

—«Por nada, por diversión... Por-

que á veces siento la tentación de ir como el Soberano de los cuentos árabes, disfrazada con un dominó ó una fantasía á dar una vuelta por las almas y los corazones... así como el Soberano hacía la ronda de su ciudad... para saber y conocer...»

—«Bien contestado, nuevo y original. Monsieur Granville Moore, Ud. se ocupa mucho de agricultura, no es verdad? Es un noble trabajo el de cultivar la tierra: es la obra de la creación que el hombre repite en sus dominios...», añadió...

—«Hoy día, particularmente, la agricultura encierra un interés especial, dijo mi marido: ya no es como antes entre superiores é inferiores la armonía entre una cabeza que manda y miembros que obedecen ciegamente... Nuestros trabajadores conocen sus derechos: exigen, apuran... amenazan á veces, y hay que poner mucha atención en

ellos... De suerte que, á más del trabajo de la tierra y de la ansiedad de nuestro deseo ante el misterioso secreto que ella guarda hasta el momento requerido por la Naturaleza, debemos los patrones vigilar y cuidar almas enfermas é inquietas, y curar ciertas llagas de los corazones...

—«Pero aquí, en este país nuevo tan rico y tan extenso, los obreros se despiertan también?... preguntó ella ansiosamente.»

—«Se despiertan tanto más señora, cuanto que, al venir á la vida, respiran en la atmósfera socialista creada por otros y que pesa sobre todo el Viejo Mundo... Ellos, jóvenes, curiosos, ávidos, leen, escuchan, oyen y se hacen un criterio aliado con sus pasiones... Y he aquí cómo esos corazones se enferman... Pero aquí está Monsieur Goetz».

—«Qué ha retardado involuntariamente su deseo de volver á ver á Ud. se-

ñora y señor Granville-Moore, dijo Goetz graciosamente. Acabo de conocer al señor Almirante Battle, comandante en jefe del Apostadero Naval, dijo leyendo con alguna dificultad sobre la tarjeta de su visitante... ¿Ud. lo conoce?...

—«Lo he saludado muchas veces en el Norte...

.....
—«Si fuéramos al balcón, mientras nuestros maridos charlan? propuse á Madame Goetz.

—«Qué espléndida vista! también la tenemos nosotros desde nuestro departamento... Porque somos vecinas, muy vecinas, sabe? Este edificio es tan sonoro, casi transparente, que, á veces, temo molestar á Ud. tocando el armonium...»

—«Es Ud. que toca, entonces? Pero yo creía siempre que esas voces venían de abajo ó de la otra ala del edificio...

¿Es Ud? repetí yo, recordando aquellas voces que más de una vez me habían arrancado lágrimas de melancolía...

—«Si, soy yo, es decir, es mi *buena alma*, la compañera de mis horas de gracia y de paz...» dijo.

Pensé en esa hermana de la cual me había hablado...

—«Ud. piensa en esa hermana de quien le hablé, dijo ella; como si hubiera leído en mi frente mi propia reflexión... Es una metáfora de que me sirvo siempre... Yo pretendo ser doble, comprende Ud? Que hay en mí alguien que me es muy semejante, pero que es cien veces, mil veces mejor que yo. Es este *ser bueno* que hace todas las buenas y bellas cosas... Yo lo sigo... A veces riendo, á veces llorando... Le digo estas cosas, prosiguió, porque Ud. es escritor y que sus estudios le habrán revelado seguramente esta *dualidad* que existe en algunas criaturas...

—«Se diría que nuestro natural es inconsciente prosiguió, entornando los ojos... Casi imposible de ser determinado sino en una ocasión dada ó por medio de alguna experiencia. Nos vemos actuar á veces, y es como si viéramos á otro sér... Un desconocido que amamos sin embargo, porque él es nuestro yo orgánico y primitivo... A fuerza de observarme, yo he acabado por hacerme una idea sobre mí misma: pero ese yo así conocido, no es á menudo sino un yo imaginado y construido por decirlo así, con el auxilio de mis recuerdos y de mi esfuerzo... Estas cosas las comprende Ud.? añadió. ¡Ah, sí! dígame que sí! La primera, *primera* vez que la vi á Ud. me hizo Ud. una impresión indefinible... Lo que me ha sucedido con el doctor Wetnetsof que posee también un alma buena y hermosa... Pero menos sutil que la de Ud... menos *adivina*. Es como si la hubiera conocido

á Ud. desde años!... La impresión que Ud. me ha hecho es un lazo que me liga á Ud. por mucho tiempo... por un resto de vida! dijo emocionada. Ud. no es tan sola como yo: Ud. tiene un hijo!

—«Oh! yo seré su amiga aún si todo esto no hubiera sido expresado y que Ud. no me hubiera robado el pensamiento y el afecto desde el primer momento...»

—¿Se acuerda Ud? En el comedor?.. Ud. estaba muy pálida, muy cansada... Llevaba un vestido de terciopelo azul, casi negro, un gran nudo turquesa en sus cabellos rubios, y turquesas en el cuello y en las manos... ¿Sabe Ud. que es una piedra de desdicha?...»

—«No creo sino lo que veo en ese orden de cosas, dije: pero ¿por qué halla Ud. de soledad?... Y su marido?»

—Maximilien trabaja mucho, tenemos grandes preocupaciones entrambos; yo le ayudé con todas mis fuer-

zas... Pero todo eso es una vida de pensamiento... al lado de la cual vive otra... la del corazón...»

Yo estaba indeciblemente interesada en esta conversación y habría deseado ardientemente proseguirla... Pero las sombras descendían sobre nosotros: era necesario vestirse para la comida, y fué en esta idea que nos despedimos.

En la puerta del salón, madame Goetz se volvió:

—«Vió Ud. á los Albany? preguntó.

—«Nó, pero han venido...»

—«Hay una invitación para el jueves... Venga á mi cuarto, iremos juntas, no lo olvide... Oh! vea, vea cómo la tarde se viste con una grave librea gris! dijo señalando el horizonte. Lo que hemos hablado, añadió aproximándose más, es para entre nosotras... Ud. piensa escribir esta historia!.. Oh! Sí! Conozco á los escritores... Tejen sobre cualquier cánvas... Y será hermosa so-

lamente porque brillarán en ella los rayos de su alma...»

.....

INTERMEZZO

Todo dormía en el interior del hotel: no se percibía más que el ruido sordo y monótono del mar tranquilo bajo la calma de los cielos negros, brillantes de estrellas. En el lejano horizonte, las últimas franjas doradas iban á perderse: era más de media noche.

Maximilien Goetz sentado delante de su mesa, trabajaba en el gran silencio, en terminar su correspondencia para el día siguiente.

Su rostro estaba pálido y angustiado á causa de las tristes noticias que había recibido sobre las cuestiones de allá... El espíritu de su Liga no serviría de nada?... ¿Por qué los hombres

no eran hoy día como antes, sensibles á la bondad? La prensa no secundaba á la Liga! era evidente. La prensa se burlaba de su utopía de Paz... Y, sin embargo, cuánto necesita el progreso del género humano esa Paz, para hacerse camino... pensaba Goetz.

De súbito, la puerta del boudoir se abrió...

Madame Goetz había cambiado su traje de soirée, de terciopelo negro y collerette de Inglaterra, por un vestido de interior, una cascada de encajes blancos. Un hilo de rubíes y brillantes volteaba su cuello como un estigma de sangre y lágrimas...

—«¿Te molesto, Maxy?...»

Goetz se volvió vivamente.

—«¿Te molesto?» volvió á preguntar, porque Goetz, absorto por sus pensamientos, la miraba y no la veía...

—«Nó», dijo por fin, tendiéndole la mano.

Ella se acercó y tomó esa mano. Era otra persona que de ordinario... Ella tan hermosa, tan brillante, ahora tenía un rostro cruzado por un pliegue de angustia y su voz traducía un gran cansancio.

—«¿Has enviado todos los telegramas?»

—«¿Todos? Sí, todos», dijo Goetz. «¿Qué tienes!» prosiguió él: ¿estás enferma?»

—«Nada», dijo ella, casi nada! Pasaba por tu cuarto; iba á recogerme, y quise entrar para ver por qué trabajabas tan tarde...»

—«Leía mi correo... en que se me da cuenta de la actuación de Wronz en nuestra Liga... me envían aún su discurso, tan brillante, tan claro, tan hermoso...»

—«Sí, Wronz habla bien...»

—«Pero ¿que tienes tú, Marie?...»

Una súbita crisis de llanto se desen-

cadenó en ella como contenida tempestad, y arrodillándose cerca de él, en los encajes de su vestido, posó su rubia cabeza sobre su brazo... La pesada trenza brillaba como una serpiente de oro...

—«Nada! estoy un poco cansada y sin valor... Pero eso no tiene importancia. Ah! yo no querría preocuparte: tienes ya tanto por qué sentir!...»

El momento era demasiado íntimo en aquella hora de silencio... ya no era Marie Goetz la mujer elegante y soberanamente serena que el mundo admiraba... no era sino una pobre criatura vencida por el dolor... y consumida por alguna amargura.

Temblaba... toda nerviosa y las lágrimas subían á sus pupilas... Así se buscaban aquellos dos seres, cuando tenían necesidad de consuelo, en su vida de viajes, de movimiento y de mundanismo...

Ella se apretó contra él y puso su blanco brazo alrededor de su cuello.

—«Nada! no debía haberte incomodado, Maxy! Pero no siempre tengo valor! Si quieres oírme! voy á hablarte... Tú me dirás si he obrado mal...»

Corrían sus lágrimas: estaba bella y misteriosa como algún ser del mundo mejor...

—«Sabes? prosiguió. Esa señora que visitamos hoy... Me atrae tanto! me inspiró tal confianza que le hablé, le hablé porque no podía más... y le dije que yo era sola... muy sola en la vida ¡Que tú trabajabas mucho... que ambos trabajábamos demasiado... pero que esta vida de pensamiento no era la mía... que hay otra, y es la que busco... la vida del corazón... Es todo, no recuerdo haber dicho más...»

Y se acercó todavía más á su marido.

—«Maxy, prosiguió, es terrible que la palabra una vez lanzada venga á ser la dueña de un esclavo...»

—«Qué has hecho!», respondió Goetz con dulzura, y lleno de compasión estrechándola en sus brazos, arrodillada ante él.

—«Dije todo aquello... y deberé decirle aún más, porque siento que ella me quiere como yo á ella. Oh! Maxy! Maxy! Ayúdame! no siempre tengo valor... A veces me siento vencida... tú sabes por qué... Perdón! A ti solamente puedo decirlo... Puedo?...»

Buscó en su cintura y desprendió una cadena á la cual había suspendido un medallón... y roja de vergüenza:

—«Toma, Maxy! tómalo! arrójalo! quémalo...! Esto es lo que me hace débil! es ese recuerdo que desde once años acaba con mi fuerza... desde años me roe como un veneno...»

Cayó á sus pies, bañada en llanto, con la desesperación de su fuerza por fin conquistada! y en el supremo dolor de separarse para siempre del secreto recuerdo de su amor.

En el medallon, Maximilien Goetz vió el retrato del artista de Morly, su amigo.

—«¿No olvidará jamás?» oh Dios!, murmuró!...

Muy pálido, colocó la cadena sobre una etagère...

Ella tenía razón. ¡Era un veneno!... En seguida la levantó, la tomó en sus brazos y la dejó llorar, mientras que él miraba hacia afuera... la noche... el mar.

Y constataba, con extrañeza, que sus influencias se equilibraban...

El era fuerte por la fuerza de ella... ella era débil por la debilidad de él...

En la oscura noche el hotel se levantaba como una masa negra con sus ventanas alumbradas que arrojaban melancólica mirada sobre el mar.

.....

En el horizonte, nacía un nuevo día.

.....

.....

A las tres de la tarde yo estaba ya pronta, y golpeaba á la puerta de Madame Goetz. La camarera, una francesa de alguna edad, se esfumó para dejarme el paso diciéndome que la señora no se haría esperar.

Quisiera tener en este momento la potencia de esos escritores que con su descriptiva producen al mismo tiempo la sensación que ellos experimentan... y la que desean hacer sentir...

El departamento de los Goetz, formaba parte del Hotel, ciertamente, pero no era ya el Hotel, ni nada semejante. En la muralla había un finísimo plissage de muselina blanca, cortado por un friso de madera blanca orillado por un débil hilo de oro. El cielo era del mismo estilo. En un ángulo, una gran lámpara una gran flor extraña, pendía del techo colgada por dos cadenas de oro. En el centro, un canapé cubierto de piel blanca: y á los pies de ese canapé, la piel de

un oso blanco, estaba extendida en actitud de reposo con la cabeza aplastada, el hocico fino y los ojos de vidrio: la bestia parecía dormir y velar al mismo tiempo.

El menaje no tenía estilo alguno: era compuesto de asientos diferentes, bajos confortables, profundos: mesitas cargadas de chucherías, bomboneras de raso blanco de cristal, de plata: libros, revistas innumerables, diarios de todas partes, retratos, estatuillas, figurinas, etc. Y sobre una mesa un florero, especie de tallo de flor que contenía un lirio, un soberbio lirio blanco; una infinita cantidad de fotografías, la de Nicolás II con su firma y una dedicatoria, fechada en La Haya... Un gran retrato al óleo: un viejo señor de luenga barba blanca, con la hermosa cabeza blanca también, leía, sentado de perfil, en un sillón Voltaire.

La camarera abrió la puerta y Mada-

me Goetz vestida como una figurina del Imperio avanzó hacia mí, sonriente...

—«Esperaremos todavía un momento» dijo. Quiero mostrarle mi mundo... Como Ud. ve, estoy instalada para mucho tiempo... me gusta tener siempre cerca de mí la imagen de los seres queridos... y cuando nuestro servidor nos precedió para vigilar el orden y disposición de nuestro departamento, yo le encargué mis queridos cuadros y retratos de los que no me separo jamás... He aquí mi Padre... ¿no es maravilloso este retrato hecho de una pequeña fotografía?... Es obra de nuestro amigo Carriere-Belleuse... Ah! Si Ud. hubiera conocido á mi padre! Es el mismo!... Me parece, por momentos, que veo sus ojos azules levantarse de su libro, y que oigo su voz haciéndome algún comentario profundo sobre Shakespeare, sobre Bacon, que no se cansaba de leer... Este es el emperador de Rusia, prosiguió.

El fué muy gracioso y amable con mi marido, en la época del Congreso de las Naciones en La Haya. Maximilien había trabajado con M. Wlenzci en ese opúsculo sobre *Los Beneficios de La Paz*, que tanto agradó á su Majestad, porque traducía fielmente toda la nobleza de su utopía... Este es Camille Saint-Saens, el maestro francés, autor de *Les Troyens*».

—«Y esta hermosa cabeza de artista», pregunté.

—«Es monsieur de Morly, un artista en realidad... pintor y músico, muy amigo nuestro»... (y un tinte rosado apareció en su frente)... «Pero, volveremos sobre todo esto», añadió confusa.

—«Styles espera las órdenes de la señora», dijo la camarera abriendo la puerta.

—«Oh! iremos á pie, quiere Ud?» respondió Madame Goetz. «Diga á Styles, prosiguió dirigiéndose á la camarera, que se informe sobre la casa habitación del

señor capitán Albany... y Ud. no olvide poner en el coche algún abrigo para mí...»

A las tres y media llegábamos á casa de Albany...

Una linda criatura de cinco ó seis años, vestida de escocés con oscuros cabellos rizados para la ocasión y atados á la altura de las orejas con cintitas rojas, vino á abrir la puerta, mirándonos de alto á abajo.

—«Mamá está todavía en su cuarto, arriba, respondió á nuestra pregunta. con sus grandes ojos inocentes, muy abiertos. Ella ha comprado muchas cosas para el té... frutas, caramelos y dulces... galletas también! Con papá y Titino, arreglaron la mesa que está muy linda... Pero mamá no quiso que colocaran las servilletas en forma de abanico... Ella se cortó un dedo con una copa quebrada. Después papá se escapó cuando Uds. llamaron... Dijo que se

iba para que las señoras no creyeran que no tenía nada qué hacer... Cuando Uds. se vayan, y las otras visitas también, nosotros tenemos permiso para comer *todo*, menos las banderitas de las naranjas... Esas no se comen—son de papel pintado—se guardan para colgarlas debajo del Niño Dios á la cabecera de la cama... ¡Marcela! gritó aquel angelito, ven luego! Yo subo á contar á la guagua la historia de la pava que mataron...»

Una criada gorda, desaseada, acudió ocultando á medias en un pliegue el sucio delantal... y nos condujo al salón, que era la fiel imagen de la señora Albany... Su retrato por todas partes... y el de Joujou en todas las épocas... aún del tiempo en que era mujer... pendía de las cuatro paredes, ó se lucía en las mesas. Un *art nouveau* ch'llón, abominable, por todas partes... El piano con un dedo de tierra sobre la

cual estaban plantados los retratos de Jouvou, como arbustos en un jardín...

Madame Albany bajaba la escalera; vino á nuestro encuentro con los brazos abiertos, y sus besos no sabían dónde posarse en nuestro rostro que no esperaba por cierto tal efusión.

«Estaba arriba con mi baby que me ocupa tanto, dijo explicando su tardanza. Oh! les envidio á Uds. su libertad!... Es tan molesto para las madres... para las que se preocupan seriamente...»

—«Acaso en el mismo momento en que Ud. nos envidia, nosotros la envidiamos á Ud. señora, dijo Madame Goetz». Es el complemento de una mujer, la maternidad... y Ud. la tiene tan feliz!... Acabamos de conocer á su chiquita... Qué linda criatura!...»

—«Oh! no tiene nada de extraordinario! Es sanita y robusta solamente... el vivo retrato de su padre, añadió Madame Albany. ¡Marcela! llamó en la

puerta del salón: golpea á la puerta del escritorio del señor, y di al ayudante que le ruegue venir inmediatamente...»

—«Y ¿cómo encuentran la vida de Lynd, Madame Goetz, y Ud., Madame Granville-Moore? Uds. salen mucho, no es así? Yo también, pero en el último tiempo he estado retenida en casa especialmente por la servidumbre... Es un problema acá en Lynd!... Los que desearía tener, no quieren servir; aquí no hay miseria, ni aún pobreza... ni necesidad... Y los que sirven! ¡Dios mío! hay que vigilarlos muy de cerca... Un buen día desaparecen llevándose los brillantes *de una*, ó las perlas del señor... Yo soy muy distraída, continuamente olvido mis solitarios aquí y allá... No tengo cuenta de los que he perdido!...»

«¿No es verdad que es agradable la vida acá en Lynd, á pesar del clima? Y sencilla, porque nadie gasta lujo...

¿creerían Uds. que yo no tengo sino seis sombreros para cada estación y más ó menos diez *toilettes*?..... Ud. es muy elegante», añadió dirigiéndose á Madame Goetz.

—«Pero no, señora, pero nó!.... respondió la otra, confundida.

«Y Ud. también», prosiguió Madame Albany como para consolarme... «Pero deben Uds. aburrirse mortalmente acá... Me dicen que Ud. escribe muy bien... Mi marido dice que va á rogar á Ud. le facilite alguna de sus producciones... El es muy competente en literatura... habla en los banquetes con una facilidad extraordinaria...»

En este momento dos ó tres señoras y algunos jóvenes y niñas llegaban al salón. Presentaciones: un cétaceo enorme avanzaba penosamente, apoyándose en el respaldo de las sillas... El capitán Albany acompañaba á sus visitantes.

—«Desolado con mi tardanza dijo

desde la puerta: he tenido tanto que hacer hoy, que verdaderamente merezco el agradable reposo que me ofrece la sociedad de Uds...»

(Pensé en la decoración de la mesa y comprendí...)

El cetáceo con estridente voz se dirigió a mí para preguntarme si Lynd me agradaba.

—«Positivamente, sí, señora, respondí». Este clima, aunque muy helado en relación al nuestro, es muy sano... Y luego la sociedad...»

—«Oh! la conozco, *esa!* Del clima no le diré á Ud... no me ha hecho nada!... pero la sociedad!... Desde luego aquí no existe... Es un grupo de advenedizos insolentes á causa de sus millones... gentes que no tienen modales!... Para mí, yo vivo, nosotros vivimos únicamente en familia. Mi marido, que Ud. conocerá en un momento más, es el jefe del Apostadero Naval, como quien

diría la primera autoridad de la región... al lado, *no inferior, al lado* mismo del Gobernador...»

—¿Ustedes conocen al Gobernador y á su esposa?... Naturalmente...

—«Sí», (con una sonrisa medio desdeñosa)... «Pero no es mi estilo, sabe Ud?» Yo adoro las personas finas, delicadas y que no sean ingratas á las atenciones... que algunas veces ni merecen...» Y sus ojos lanzaban rayos, como enormes brillantes falsos, á la luz.

Vinieron en seguida nuevos visitantes y luego Madame Albany invitó á pasar al comedor.

Vuelvo á envidiar la pluma de un escritor prolijo en descriptiva para hacer el cuadro de aquel horror.

Una mesa enorme, en una pieza que apenas podía contenerla... Pensé en el cetáceo y me pregunté con angustia ¡á dónde iría á ser ubicado! Un man-

tel rojo á grandes flores blancas... una cantidad de helechos formando algo así como estrellas gigantescas... y sobre aquel práter verde, naranjas... infinitas en número como las arenas del mar, y coronada cada una con una banderita chilena «que no se podía comer porque era de papel pintado...» Platos de vidrio llenos de galletas formando pirámides, pilas de pasas al lado de cada cubierto, sobre el mantel... un gran trozo de carne de puerco asado: un pavo enorme de dorada espalda con los colores nacionales clavados en los costados... ¡Cruels banderilleros! Botellas de vino rojo y blanco, *medias Pilsener*, una multiplicación de rebanadas de pan, salero y ajicero... ¡Ah Dios mío!

En el primer momento sentí un deseo loco de reír á gritos... luego después experimenté una especie de indignación! ¿Por qué aquel ridículo y estú-

pido esfuerzo? y aquella pretensión que se volvía tan cruelmente contra ellos? ¿Por qué no aparecían buenos y sencillos como lo eran en el fondo?

Paso sobre los detalles de esta hora de suplicio...! no insisto sobre lo que tragó el enorme cetáceo... sobre todo lo que gritó en su furor contra el mundo de Lynd. Yo miraba á Madame Goetz y la admiraba!... porque ninguna alteración podía notarse en su fisonomía dulcísima, impasible... algo ausente. Me apareció como perdida en aquel extraño *milieu*. Conversaba con todos y, como siempre, las miradas de todos eran para ella. Joujou, de pié, servía á sus invitados y, sin saberlo, se retardaba tras de la silla de Madame Goetz...

Madame Albany se alarmaba... y se volvía poco á poco hiriente, impertinentísima contra los extranjeros... «pero, naturalmente, hay excepciones» decía... El cetáceo pretendía no gustar

de las alhajas... «las verdaderas alhajas para una mujer deben ser sus hijos»... y miraba de soslayo á Madame Goetz, que llevaba aquel día un soberbio aderezo de esmeraldas sobre su toilette azul muy oscuro... En fin, nos levantamos de la mesa... Pasamos al salón *art nouveau*, en donde hube de cantar la *Tonkinnoise* y otra romancita titulada *La Fille de Madame Angot*. Un cuarto de hora más tarde nos despedíamos de aquella multitud.

El automóvil nos esperaba en la puerta. un gran manto de nútria forrado en raso violeta y un manguito igual, como también la bola de níquel con agua caliente colocada por la doncella de Madame Goetz, esperaban á su dueña. Hicimos una vuelta á gran velocidad; luego después fuimos hasta Río de los Ciervos por la orilla del mar, admirando y gozando la completa tranquilidad de aquel sitio silencioso y perdido.

—«Qué me dice Ud. de nuestra visita», pregunté. Mi maldad esperaba una respuesta picante.

Marie Goetz dijo simplemente:

¡Son buenas gentes! han hecho lo que creían mejor... Solamente, sus naranjas eran demasiado gloriosas... «Entramos»... añadió sin dar ninguna orden al chauffeur. «Espero la visita del doctor Wetnetsof que me envió en la mañana ese soberbio lirio blanco, creación de sus conservatorios... ¿No es gentil desu parte esta forma de pensamiento?» añadió descendiendo á la puerta del hotel.

IV.

Five o'clock tea

«El señor Wetnetsol» anunció Styles en la puerta del salón.

—«Muy amable de Ud. el no haber olvidado el día y la hora, doctor, dijo Madame Goetz». «Mi marido está en su gabinete con un señor: vendrá inmediatamente».

—«¿Qué me dice Ud. de su vida acá, señora? ¿Le gusta á Ud. este país?»

—«Y Ud. señora, prosiguió, dirigiéndose á mí: ¿no siente Ud. demasiado frío en esta región?... Vengo ahora de su departamento, donde me dijeron

que Uds. habían salido juntas y que M. Granville-Moore se había ausentado á una excursión.

—«Sí, hemos visitado hoy á los Albany; mi marido recibió una invitación de Mr. Crawford, un estanciero inglés que desea mostrarle algunas fotografías de sus establecimientos en la estancia *Star*».

—«Una visita á las estancias interesará mucho á su marido que es agricultor; aunque el tratamiento del ganado, que acá emplean los extranjeros sea absolutamente distinto del sistema de nuestro país en el norte, siempre pueden introducirse modificaciones y adquirir nuevas ideas».

—«Es justamente lo que oí decir á mi marido. El tiene el proyecto de ir con este caballero á la estancia *Star*. ¿Ud. conoce, doctor?»

—«¡Oh sí! Estos ingleses viven como príncipes en sus estancias. Les aseguro

á Uds. que esta región helada tiene su interés y su atractivo... Debería Ud. visitar todo esto antes de su partida, Madame Goetz, porque seguramente Ud. no volverá de nuevo... Hay cerca de aquí grandes soledades, silencios absolutos, eternos: se creería transportada á los fjords de la Noruega ó á las llanuras de la estepa rusa... En Last Hope, por ejemplo, no se oye un grito de pájaro, ni un ruido de alas, ni una queja de los leones de mar que se arrastran por la playa, ni aún la sorda sumersión de la nútria corriendo tras de su presa. Es una grandiosa impresión de la naturaleza primitiva...»

—«¡Oh! tendremos que ver todo eso para coger la sensación de vivir en las primeras edades del mundo, cuando del conflicto oscuro de las formas inconscientes, la vida animal y vegetal nacía indecisa de los abismos misteriosos... Oí decir á mi marido que iríamos todos

á *Star*: Ud. vendrá con nosotros, doctor Wetnetsof. Luego será necesario que el capitán Albany conduzca nuestra nave. Espero que M. y Madame Girard no tendrán inconveniente...

Goetz, mi marido y Mr. Crawford de la estancia *Star*, entraron en aquel momento. «Les presento á Mr. Crawford», dijo Goetz.

—«Tendrán Uds. la bondad de excusarme si me presento de este modo, señoras», dijo el inglés inclinándose sobre su traje de sport, polainas y zapatos amarillos. «Es culpa de M. Goetz. Yo estaría en realidad muy contento de recibirlos á todos en *Star*, si Uds. se toman la molestia de telefonear: haré venir mi *yacht* el día que Uds. me indiquen...»

—«Pero siéntese Ud., Mr. Crawford, le ruego: tomará Ud. una taza de té con nosotros».

Styles apareció en la puerta: pasamos todos al *boudoir* que aún yo no había

visto, y donde estaba servido el té, sobre dos mesitas pequeñas cubiertas de encaje. La pieza estaba alumbrada á parafina: dos lámparas de abat-jour, lila, como grandes flores pensativas, parecían esperar... Todo era de una armonía perfecta: las paredes cubiertas por el mismo plissé de gasa violeta pastel, y el friso de madera figuraba un jardín en el cual lirios blancos i violetas florecían en el desorden armonioso de la naturaleza. Era hermoso, pero sobre todo era personal, original, reposador, tranquilo, casi misterioso... Se respiraba allí una atmósfera cargada de especial fluido, que daba la sensación de una especie de melancolía inexplicable... En el fondo, cerca de una de las lámparas, un cuadro único fijó mi atención: no lo olvidaré jamás.

Era una pintura de tonos oscuros que descubría un rincón de cielo y un rincón de tierra: el cielo estaba sombrío,

negro, casi cargado de tinieblas y de horror... Desúbito, un rayo de luz blanca bajaba sobre la tierra maldita como á la hora de la agonía del Señor: y esa luz caía sobre una cruz desnuda, de la cual pendía un largo velo negro, flotante... Al pié de esa cruz, una fina silueta blanca yacía con los cabellos sueltos, con la faz contra el polvo, en desesperado desconsuelo... El cuadro estaba firmado:—«*De Morly*». A Kief 188...

Sentí de súbito una onda de tristeza en las profundidades de mi alma, y una piedad infinita hacia aquel ser de gracia, cuyo secreto poema poseía ya casi enteramente... La veía, sonriente, aproximarse á cada cual, suave y afable, pronunciando palabras inolvidables que solamente ella sabía encontrar... Veía yo en esas atenciones finas, algo distraídas, sin embargo, la fuerza de una abnegación perfecta, que era ciertamente la base de su alma: y no podía sustraerme

al recuerdo de su voz, de su acento durante aquella noche, en la cual me había aparecido en todo su dolor, en toda su miseria...

Los caballeros tomaron sandwiches, pastas, licores, bonitamente presentados en magníficos cristales y platería. Styles, correcto en su librea oscura, ayudaba á Madame Goetz cuando debía ofrecerse algo más que la diminuta taza. De otro modo, se le habría tomado por la estatua del comendador modernizada... tal era su inmovilidad, en el marco de la puerta que abría sobre el hall.

—«Ud. habló de la estepa... aún me pareció verla», dijo Madame Goetz al doctor Wetnetsof. «¿Es que Ud. conoce la Rusia?»

—«Y tanto la conozco, que amo sinceramente á la Rusia, porque la he penetrado y adivinado», respondió el doctor. «Pasé allí más de un año... Fuí por todas partes y vi de cerca á estos sal-

vajes primitivos que no retroceden jamás ante nada. . . Penetré su naturaleza soñadora y mística que no aprenderá jamás á distinguir los dos elementos cuyo contraste domina el mundo: el Bien y el Mal. Son igualmente grandes en el uno que en el otro, en el odio como en el amor, y éste presenta á su imaginación un ideal tan exaltado, que para alcanzar todas las satisfacciones que encierra y que representan para ellos la felicidad, nada sabría detenerlos. . . »

—«Y encuentra Ud., como tantas veces he oído decir, que la naturaleza de los rusos sea superficial?»

—«Indudablemente, es poco profunda: es un tejido de impresiones á las cuales ceden según el momento en que las reciben. Es por eso que el móvil de sus actos no puede ser firme ni preconcebido, ni reflexionado; por consiguiente, aparece contradictorio. Se les juzga falsos: es un error. Son sencillos como ni-

ños... Pero son también misteriosos... indefinibles... añadió Wetnetsof, desesperando de dar una definición.

—«El alma eslava es tan sensible, dije yo, según la observación que he hecho á través de mis lecturas en los autores rusos, que el menor soplo la agita y la hace vibrar... pero cada vez de manera diferente. El ruso confunde la causa de su impresión con la impresión misma, á tal punto que no sabe distinguir una de otra. Por este motivo el eslavo es misterioso é indefinible, acaso...»

—«Y es esta impresionabilidad la que presta á la mujer rusa ese encanto que no poseen las mujeres de otro país. Ellas viven una vida interior muy intensa... Son las mujeres de una sola idea y de un solo amor... ¿Creería Ud., Madame Goetz, que me persigue la idea de que Ud. tiene algunas gotas de sangre eslava?...»

—«Y no se equivoca Ud., dijo Madame Goetz; vengo de Rusia por mi padre...

—«Ve Ud? ¡Por qué lo habré adivinado!» respondió Wetnetsof.

.....
.....

«*Certainly*, decía Crawford, y es necesario, porque vivimos allí todo el año. Yo soy un apasionado por las flores. Uds. verán mis invernaderos donde las orquídeas de la India viven como en su casa. Es, por lo demás, mi único punto de contacto con el ilustre Chamberlain, añadió riendo á carcajadas.

—«¿Cuántas cabezas de ganado reúnen Uds. en sus campos?»

—«Trescientas mil... Pero pensamos aumentar el número por medio de la importación: de este modo mejoraremos también la raza. Además trabajamos nosotros en una nueva industria

que interesará á Uds.: la pesca de focas y el tráfico de pieles...»

—«¡Oh! veremos todo eso, Mr. Crawford.»

—«Ciertamente... Ud. es chileno, Mr. Granville-Moore, y Ud. habla el inglés como uno de nosotros... He ahí una facilidad que me despierta envidia, dijo Crawford. Yo no puedo aprender correctamente el español, después de tantos años, y estoy confundiendo siempre *gallina* con *galleta*... ¡Es irremediable! Por lo demás, no necesitamos nosotros hablar español acá en Lynd... El doctor Wetnetsof combate por nosotros en inglés, nos gana las batallas en inglés... Nuestros empleados y domésticos son ingleses. Vivimos, pues, en una pequeña Inglaterra y una vez al año vamos *home* (1).

—«¡Sí? van Uds. todos los años»

(1) Es muy corriente oír llamar á Inglaterra «el hogar» entre los ingleses.

—«Mi madre no tiene otros hijos más que nosotros tres: cada uno de los hermanos va á verla una vez por año...»

.....

—«Sí, háganos Ud. el gusto de tocar algo...» «¿conoce Ud. este sistema de harmoniums?»

—«Nó, pero creo que podría entenderlo...»

Ataqué aquella dulce melodía de Saint Saens que imita la vida del cisne sobre la aguas del lago, donde el ave magnífica funda un imperio de paz y de reposo.

—«¡Qué artista es!» dijo Madame Goetz». ¡Cómo nos arrebató el alma y nos traspasa su emoción! Las notas adquieren otro timbre bajo sus dedos... Luego, se diría que ella misma se ausenta, nos abandona... no se la encuentra! Se ve que sus ojos están absortos ante la belleza de su visión interior... ¡Qué

hermoso, Dios mío! qué hermoso! ...»

—«¡Pero qué dice usted! respóndile riendo algo convulsivamente, aún bajo la acción de mis nervios excitados por la música y por la comprensión profunda de Madame Goetz. Era la primera vez y acaso la última de mi vida, que había encontrado en mi camino alguien que pudiera expresar lo indecible y volar hacia las cimas donde nace el sentimiento artístico creado por la música.

—«Ud. nos hará oír algo también Madame Goetz», dijo mi marido: ¿Sabe Ud. que su harmonium tiene voces muy especiales... Se diría que esos acentos vienen de otras esferas...»

—«Uds. conocen por supuesto a Berlioz: su *Romeo* tiene una página muy emocionante que se titula *Noche Serena*. Eso es lo que voy á hacerles oír... *Noche Serena*, añadió como para impregnarse el alma del espíritu de estas palabras.

Ah! no olvidaré jamás aquella figura delante del instrumento, que se transformó de súbito en el más rendido de los agentes, obedeciendo a una extraordinaria potencia... Primero fueron algunos acordes flotantes, débilmente apoyados... lejanos... Y luego como si poco á poco se descorriera un gran velo la noche aparecía en toda la serenidad de una noche de verano, blanqueada por la luna... silenciosa, poblada de vagos rumores... cargada de efluvios de melancolía y de amor. Era la mirada de un alma solitaria, sobre la inmensidad de la creación celeste: un proceso de amor hacia el principio de toda esa vida misteriosa que se agita sobre nuestras cabezas; un sueño místico del espíritu que deja sin embargo velar su corazón; la meditación de una inteligencia sobre un libro encantado que no acierta á abarcar en conjunto... pero que seduce su ensueño... mientras que

el rumor dulcísimo del silencio la penetra y hace brotar, de esa fuente interior donde se forma el llanto, los sollozos de una voluptuosidad completamente espiritual.....

.....
El doctor Wetnetsof estaba muy pálido... El inglés aplaudió entusiasta: pensaba tal vez en sus orquídeas, o en sus carneros á los acordes de una música que ni él ni su tercera generación podrían comprender...

—«Gracias, por estos breves minutos, Madame Goetz», dijo el doctor inclinándose... «Querrían Uds. hacerme el honor y el gusto de venir á comer á mi casa el sábado? No les digo el domingo porque es el día obligado de los Girard...»

—«Tendremos dos días de fiesta: gracias, doctor dijo Goetz:»—guardaremos el sabat y nos reposaremos con gran

agrado el domingo. Aceptamos con mucho gusto...

—«Gracias, con mucho gusto», añadió mi marido.

Luego el doctor y el inglés se despidieron.

«Grace, dijo Madame Goetz, estrechando mi mano», «¿quiere llamarme sencillamente por mi nombre?... Hemos avanzado ya tanto en el sendero de nuestras almas que bien pronto no formaremos sino una sola... Quién sabe si no nos habíamos conocido en la preexistencia...» añadió. Hasta mañana, pues; tenemos bastante que trabajar Max y yo. Buenas noches, Grace: buenas noches Mr. Granville-Moore... Y de súbito apareció á mi vista, ausente y dolorosa...



V.

Pelliciere!!

El peletero *senior* de Lynd, don Girolamo Zanti, no era exactamente un hombre... era un caso.

De pie delante de su puerta, cubierta su cabeza gris con un bonetillo de nutria, su fina y hermosa cara rodeada de una rizada barba blanca; con su chaleco abotonado por gruesas pepitas de oro, era la *réclame* viva de su industria y de la de sus amigos austriacos, que lavaban los terrenos auríferos de Lynd. Con su vientre prominente atravesado por una gruesa cadena de oro; con sus pier-

nas delgadas y algo torcidas; sus ojos azules maliciosos mirando fija é impertinentemente por encima de sus lentes, don Girolamo presentaba un aspecto muy curioso

La primera vez que abrí la puerta de vidrio de su almacén, una sala oscurísima, alumbrada únicamente por la débil luz de una ventana que se abría sobre el llamado «*barrio de los austriacos*», quedé sorprendida ante la extraña y fantástica decoración de aquel recinto. Eran pieles de toda clase de animales marinos y terrestres; gatos de mar, liebres, nutrias, leones de mar y de tierra, pumas chilenos, tigres, osos blancos y negros, capas de avestruz, de guanacos, pieles que venían de la aduana, pieles que debían ser embarcadas... pirámides de cajas cilíndricas que guardaban bonetes y manguitos; maniqués vestidos de lindos *overcoats* de nutria. Y en el aire un olor... un olor balsámico, pro-

pio de las especias que deben preservar las pieles de una muerte eterna... y un olor feroz, vivo todavía entre aquellos pelos que hablaban de rudos, sangrientos combates.

—«A su servicio de Ud. encontrará siempre á Girolamo Zanti», dijo el viejo hablándome desde el otro lado de su mostrador y mirándome por encima de sus anteojos. «He aquí que Ud. ha llegado á Lynd hace varios días, y solamente hoy viene Ud. á visitar á Daniel en el lago de los leones... ¿No es una pretensión de su servidor el ofrecerle una silla y mostrarle algo que él reserva solamente para sus elegidos?...»

—«Gracias, signor Zanti, acepto», respondióle. «He aquí, á fe mía, un extraño espectáculo... De pronto, nada veo: reina á mi alrededor la oscuridad del caos... Y luego se hace la luz, como en los primeros momentos del mundo y surge á mi vista una fauna fantástica y rica...»

—«Y tiene Ud. la suerte de conversar con Adán, el primer hombre que habitó este paraíso que se llama Lynd. Porque, sin duda, signora mía, el pie de Girolamo Zanti fué uno de los primeros cuya huella marcara las arenas de este puerto en 1842, cuando esto era una colonia penal. Yo he asistido al nacimiento y desarrollo de este pueblo y visto formarse las enormes fortunas de los millonarios de Lynd. Aún di más de una vez mi opinión de europeo que viene del país del arte, la Italia, *«l'Italia Bella»*, agregó en italiano... ¿Ud. habla italiano, ciertamente?..

—«Lo capisco, dom Girolamo. Ma si per Lei é stesso, parlaremmo francese...

—«Bene... Bene! Le decía que he sido yo, al fin, quien con mis consejos y el gusto exquisito de mi vieja alma latina que ha visitado el palazzo Farnèse... me oye Ud?... y el Pitti... y la villa Medici, *la Casa*, como decimos nosotros

los italianos, y que ha bebido en las verdaderas fuentes de Roma... la *vieille païenne*. . . Soy yo el verdadero arquitecto de esta ciudad. . . yo la cabeza que concibió y corrigió el estilo de sus edificios. . . ¿Ellos? Ellos no saben nada. . . agregó designando con su dedo pulgar una serie de invisibles millonarios. «Todo eso son *pioneers*, gente de ayer, trabajadores más que pensadores. . . Y Ud. verá que después de toda esta gloria, porque al fin es una gloria! Girolamo se calla! Girolamo se esfuma, Girolamo se oculta como la violeta, quedando solamente un hijo del arte. . . un *pelliciere*! . .

«Ma quel Pelliciere! añadió, como si se tratara de otro, y no sin cierto asomo de indignación al ver mi silencio. «Un artista! un amateur, un coleccionista de riquezas y de rarezas que va á mostrar á Ud. algo que, lo repito, no guarda sino para sus elegidos. . . , «*gli eletti*,

gli predestinati. . . como digo yo cuando trato sobre almas especiales.

—«¿Y por qué me concedería á mí este honor, signor Zanti?»

—¡Ah! es mi secreto... excelentísima signora... nosotros italianos, poseemos lo que nuestros maestros Lombroso (y aquí se descubrió el viejo entornando los ojos con respetuoso ademán) y Butti y Zúccoli, é il signor D'Annunzzio, y Dom Luigi Cápuana, llaman «*il sentito indóvino*... el sentido adivinatorio... Es un indiscreto que nos abre las almas!... Girolamo Zanti se prosterna ante la de Ud. signora mía, porque sabe que Ud. tiene un gusto exquisito, y su marido ha recibido de la fortuna, el don de satisfacerlo... He aquí las villanías que oculta mi santuario... dijo desplegando una espléndida piel de lobo á reflejos argentados, y pasando fuertemente su mano sobre la piel que levantaba en el aire... ¡Qué me dice Ud!

Nada! ¿no es cierto? porque las grandes emociones son siempre mudas»...

—¡Y esta pelissa hipócrita que se esconde en su gran caja! Ella sabe el premio de la modestia, la coqueta!... y adivina que bien pronto ha de servir á Ud. de ángel guardián contra los asaltos del frío... y este bonnet?... prefiero no verlo sobre los cabellos rubios de Ud. Sería demasiado para un pobre viejo como yo... y sus manos finas en este manguito?... Nó! sería realmente demasiado!... dijo sacudiendo su cabeza blanca y haciendo ademán de guardar de nuevo en la gradería los preciosos artículos.

—«Pero todo eso debe ser carísimo!» pregunté...

—¿Carísimo? La belleza no tiene precio, signora... y la belleza *sopra* la belleza todavía menos... Es un pleonasma que quedará siempre impago!... Figúrese Ud. por un momento que Ud. me dice:

«Dom Girolamo!»...

«Acudo yo, como el Dante á la aparición de Beatrice y le respondo:

«¿En qué puedo servirla? signora.

«Envíe Ud. á mi hotel cuatro de estas magníficas pieles»...

—Yo permanezco mudo... Veo ya con mi «sentito indóvino» la silueta de Ud. arrebujaada en este bello manto cálido... Hago yo mismo el paquete... No llamo á Giacomino... Abro yo mismo la puerta, abandono mi almacén que queda como cuerpo sin alma... y desaparezco en rápida carrera hasta el hotel... Entrego mi preciosa carga á Mr. Bricket y vuelvo... feliz de haber hecho un paso artístico y triste hasta el fondo del ánimo, de no haber podido hacer un paso comercial»...

—«¿Cuánto diría Ud. Dom Girolamo?»...

—«¡Oh! casi nada... Ud. tendría la perfecta abnegación y el reconocimiento

eterno de su servidor, junto con las cuatro pieles por setenta libras... Con Ud. yo no podría verdaderamente»...

—«Pero es enorme! es una fortuna lo que me pide Ud!... y por cuatro pieles!... Jamás tendré nada con cuatro pieles!...

—«Enorme!... signora! dijo el viejo sin mirarme, y haciendo el gesto de guardar todo su muestrario, bajo la agitación fingida de una gran desesperación... «No está Ud. en casa del primer pelliciere de Lynd. Es una ilusión ¡Girolamo Zanti, el hombre honrado, el comerciante probo, el caballero sin miedo y sin reproche ha muerto!... Su recuerdo sólo vive en las buenas memorias, y entre esta fauna que escucha atónita la blasfemia que acaban de pronunciar los sonrosados labios de Ud... «Ei fu»! como dijo nuestro Manzoni, hablando de Napoleón, «é la terra, silente al nunzio stá...!» (1) ¡Enorme!

(1) Alusión á la muy famosa oda (5 de maggio), á Napoleón, de A. Manzoni.

repetía. ¿Entonces está Ud. delante de un sér vulgar, que no sabe lo que posee, que desea únicamente «negociar», que explota á los extranjeros... á las señoras... sobre todo... en fin, delante de un monstruo?... .

«No añadiré una palabra más, pero ni una sola», prosiguió el viejo con la más fingida amargura... «Solamente mañana iré á encontrar á su marido de Ud. y le referiré la historia de cada una de estas pieles... Si la narración de los sufrimientos y peligros arrostrados por los pescadores que velan durante las noches de luna, atentos en seguir la marcha submarina de estas bestias ligeras... si la historia de dolor humano que representa esta vida de horror... si lo que cuesta á un pobre viejo como yo, vivir de lo que compra con dificultades... si todo esto no alza el precio de estas maravillas, entonces ya no me queda más que hacer que lo que hizo el caba-

llero Bayardo, ya nombrado... ¿Ud. conoce, no es verdad?... «Se acostó en tierra sobre su leal espada», dice con hermosa sencillez un cronista de la época, y se dejó morir...! Yo me acostaré sobre una de estas pieles y me dejaré...

—«Estará Ud. al menos mucho más confortable que Bayardo...!

—«¡Oh! somos dos héroes de época diferente, he ahí todo...! Porque yo soy un héroe de la peletería y puedo decir á Ud...

—Dígame, dom Girolamo, ¿tiene Ud. mujer, hijos?... .

—Y voy á presentarlos ante Ud... Margherita, Márgera, gritó: «¡Giacomino! un momento dei vostri pensieri per Girolamo!»...

—«Signora!» dijo inclinándose una gruesa y colorada mujer, sonriendo y arrojando rápidas miradas sobre el mostrador para ver si había algún paquete... «Giacomino, *saluta la signora*..

—Excellenza, dijo el chiquitín inclinándose y mirando alternativamente á su padre y á su madre...

—«¿Ve Ud. á esta pellicera? prosiguió dom Girolamo. Ella es prima hermana de una de las damas de honor de la reina madre, donna Margherita di Savoia».

—«Me llamo Gratiani, y soy sobrina del duque de este nombre...» dijo la gruesa criatura.

Ignoro si todo aquello era cierto; pero me figuré de pronto el cuadro de corte de la más hermosa de las soberanas europeas, animado por caras y siluetas como las de la prima hermana de su dama de honor!..

—«Volveré, dom Girolamo, volveré ciertamente», dije al levantarme.

—«¿Y sabe Ud. por qué?... Porque Ud. sabe solamente que volverá... pero yo, yo voy más lejos... Mi raza quiere que yo adivine que Ud. volverá... porque el almacén de Girolamo Zanti re-

presenta una *fatalitá* que se cumple bajo los lentos pasos del tiempo... Nada de bueno y de estable se elabora en apresuramiento. *Fac quod vis fata viam invenient* (1). Estaba en su destino y en el mío que Ud. debía volver... y nadie escapa á su destino...» concluyó don Girolamo solemne...

—«¡Marghera! conduce la signora... Giacomino, ¿quieres abrir las dos hojas de la puerta? Yo me retiro con el doloroso pensamiento de no haber sido comprendido...»

Y comenzó á pasear con las manos en la espalda mirando al techo murmurando...

—«*Vestita di bianco... e con chiome sparse giú per le spalle conteste con filo d'oro, comme le donne dei seccoli lontani...*» (2).

(1) Haz como quieras... los destinos se cumplirán.

(2) Petrarca, *memorie*.

JOURNAL DE MARIE

Mi vida se había interrumpido, al parecer, hasta esta noche... Todo es tan nuevo, tan extraño tan sencillo en este medio desconocido! Yo soy como el mago inquieto que viaja durante la noche oscura, sin un astro. Desde el balcón de mi aposento, veo el mar inmenso, gris; y un gran navío iluminado, único punto vivo que se balancea dulcemente sobre toda esa desolación que va á sepultarse en las brumas lechosas del horizonte lejano.

Mi vida se había interrumpido al parecer... pero hemos vuelto á tomar nuestra tarea universal, Maxy y yo... Es mi fatiga y mi descanso á la vez! ayer trabajamos hasta la alborada, tan hermosa! Maxy cree siempre tan ciegamente, tan ardientemente en la posibilidad de esta utopía con la cual vive su

sueño desde tanto tiempo... él y los de su Liga. Wronz es un idealista: se le ve en su mirada de sonámbulo, abstraído por una visión... extasiado siempre ante la blanca imagen de la paz... Recuerda con horror las guerras en que combatió: él hizo la campaña de 1870 contra nosotros... Todos en su Liga quieren la paz; pero ese sueño, esa ilusión en una reorganización de Europa bajo las alas blancas de la paz, no es sino un sueño...

Sin duda todo eso no daña á nadie... pero es inútil: es perseguir una quimera... Y Maxy y todos los suyos se fatigan persiguiéndola.

El pensamiento de la guerra vive sobre nuestras cabezas y envuelve al mundo aún cuando los hombres se reúnen para tratar sobre la Paz... Mientras que las sociedades *bourgeoises* con su egoísmo complicado, no se transformen en *humanidad*, dirigida y conducida por

leyes claras y lógicas como las leyes naturales... el pensamiento de la guerra no desaparecerá jamás del mundo de los hombres, porque es una verdad que no existe una idea verdadera y universal de fraternidad que pueda excluirla. La guerra no es una cosa arbitraria... nace de la desigualdad en los intereses de los Estados, intereses de territorio, exigencias contrarias y, particularmente, del odio de raza. Todo eso hace producirse la necesidad de la lucha y sus horrores fatales... y lógicos.....

.....

Me siento hoy bajo la acción del ardiente concurso que presto al trabajo de Maxy... y, sin embargo, Dios sabe hasta qué punto está mi alma ausente de todo! La vida de pensamiento no es nuestro elemento; para nosotras las mujeres hay otra que nos liga á la vida real y nos levanta al mismo tiempo sobre ella... la vida del corazón.....

.....

Hoy caminé largo tiempo y sola, por la ribera del mar. Aparecía de un azul sombrío plombecino, lo que hacía casi sensible la pesadez de sus masas líquidas. Blancos cordones de espumas atravesaban el azul en las profundidades del horizonte dorado. Algunas gaviotas vinieron á volar cerca de mí, en movimiento lánguido y silencioso; á veces su grito agudo parecía un lamento... Había entre todas una de color oscuro, casi negra que volaba á la cabeza de las demás. Creo que esa gaviota es mi destino...

...Donde está en estos momentos el ausente... aquel cuya presencia real desapareció de mi vida... y que está ahí... sin embargo, clavado á mi recuerdo que me persigue como la sombra al cuerpo... como la desgracia al desorden de la vida, como la dicha a la paz del alma!... Yo no puedo comba-

tir más! Al comienzo, no me atrevía á pensar en lo que pudo haber sido... Pero, cuando veo su fidelidad y la mía, creo que hay destinos de especie diferente. Unos se cumplen según nuestro deseo; los otros se nos imponen... y se cumplen sin nuestro deseo y fuera de nuestra voluntad y nos siguen siempre... y acompañan nuestra vida...

Han pasado ya muchos años desde que lo encontré... El amor nos unió desde el primer instante: sin embargo, creo que él me amó más y mejor que yo á él... Luego después cuando lo perdí, fué lo contrario! ¿Por qué lo perdí? Ah! no lo sé! Todo debía suceder fácil y sencillamente en nuestro caso, como en el de todos... Pero creo firmemente que ambos tenemos un alma diferentemente orientada que la de los demás. Ya en aquel tiempo algo nos distraía y nos abstraía... Para él, era su arte y el trabajo de su cerebro activo...

Para mí, mis visiones de felicidad... yo no vivía en el presente de esa época... Por eso ella fué imperfecta... le faltaba el alma. Vivía en el porvenir y soñaba con lo que nos aguardaba. Fué nuestra desgracia... pero era nuestro destino...

Y luego... todo es tan misterioso! Acaso cerca de él, lo hubiera amado menos, ¿quién lo sabe? Era necesario para que nuestro afecto pudiera dar todos los resultados de esas fuerzas ocultas que trabajan las almas y las hacen semejantes a magníficos árboles llenos de flores, de frutos y de sombra... era necesario que viviéramos alejados... El se entrega por entero á su arte: á su pintura... á su música... á sus eternos ensueños de creador... y yo lo inspiro. Yo por mi parte trabajo para ser la fuerza de otro espíritu que comprende mi debilidad con su debili-

dad... y me acuerdo... y no puedo olvidar!

El pasado!..... Toda la poesía de nuestra alma reside en el pasado! La realidad, para que alcance á las cimas del ideal y de la hermosura, tiene que transformarse por medio de la lenta elaboración del tiempo. Todos esos grandes hombres del pasado, durante el curso de su vida mortal, eran hombres parecidos á los demás... acaso mediocres como ellos! Pero, á medida que se perdían en las lejanías del tiempo, se les vió crecer y tomar la talla de los héroes... La humanidad, cada uno de nosotros, heridos por el presente, desconfiando de un porvenir incierto, envolvemos los lapsos de tiempo cumplido, en un manto de belleza, y colocamos en el confín de los tiempos la quimera de una época en la cual nobilísimos pechos encerraban generosos corazones.

Esas canciones de pescadores que

escuchaba ayer volar como aladas figuras hacia la altura, naciendo de la barca ligera que dividía las ondas... no me parecieron tan seductoras, sino porque despertaron en mí, civilizada de tormento, toda clase de sentimientos, de los cuales apenas tienen un débil germen esas pobres notas...

Las religiones... no contienen ciertamente una concepción exacta de la vida futura: pero todas ellas nos vienen del pasado lejano... y de ahí el que, aún las más burdas y absurdas, contengan un elemento de infinita poesía.

.....

El pasado es el gran artista que hace surgir de un fondo de sombra, las más puras líneas de la poesía.

.....

Confieso que mi vida íntima se vive en la lejanía de un recuerdo... Por un esfuerzo, arranco mi alma á sus visiones...

He vuelto á leer estas páginas. . . Nó! no marchó á ciegas como el Mago en la oscuridad de una noche... En este rincón de cielo he encontrado una estrella que me es desconocida en cuanto á su historia y á su relación con los demás astros de la constelación total. Pero brilla sobre una frente real y me aparece como la amistad consoladora... Ella debe tener también su historia de dolor... Por lo demás cada cual lleva en su alma una razón para morir de pesadumbre. . . Pero debemos estar organizados para soportar mejor la adversidad que la dicha... puesto que á veces una gran alegría súbita nos hace desvanecer y que, otras, en que el dolor nos precipita al fondo de un abismo, sentimos aún el rumor de la vida y el latido de nuestro corazón...

.....
.....

Es media noche... Ya apunta el

alba en el cielo y se anuncia por una dorada barra. En esta hora pasan sobre la tierra cosas extrañas que podríamos constatar si como los árboles y las bestias pudiéramos velar. . .

Y así sabríamos más! Los acentos de la noche obran en nosotros como revelaciones de impenetrables misterios... como si abrieran sendas en el dominio oculto de nuestro sér: y la melancolía de nuestra naturaleza movida por el silencio, sube, sube interiormente como un cántico...

He aquí que canta un gallo... saludando el día: es la hora en que Pedro negó al Cristo abandonado de todos... la hora en que los espíritus errantes vuelven á entrar en su reposo... la hora de la concepción... del nacimiento... de la muerte!... La hora en que la vida oprime mas tiránicamente al *Ego*.....

.....

Hoy día recibiremos nuestro correo... El correo! Cada vez que mi cartero llama á la puerta, es el Destino que está al lado de afuera y que quiere entrar...

INTERMEZZO

(En casa del Capitán Albany)

(El dormitorio: dos lechos cubiertos con cretona azul a flores rojas. Sillas de Viena: lavabo reducido. Psyché con marco dorado muy manchado de moscas. En un extremo, una nodriza murmura un canto para el baby que grita desesperadamente en cuanto dejan de preocuparse de él.. (Atavismo materno).

La nodriza distraída por lo que pasa á su alrededor. El capitán y la señora Albany se visten..)

—«Quisiera ver cómo irán á esta comida famosa! todas ellas y las del hotel... Será la joyería de Paolo Christomis... Yo seré la excepción. No me pondré una sola alhaja, primero, por-

que no tengo, (lo que no deja de ser una razón) salvo esos zafiros falsos que me compraste para la comida de Fleming... Pero nadie pensará que no llevo alhajas porque no tengo... Creerán que es por sencillez ó indiferencia... ambas cosas son de buen tono, ¿verdad, Joujou?»

—«Imposible abotonarme estos malditos zapatos de charol» dijo Joujou haciendo esfuerzos inauditos al otro extremo del cuarto, en mangas de camisa. «Estos dos viajes donde la costurera me *fundieron* los pies...»

—«Frac bordado o frac? señor Capitán de navío...» preguntó la linda joven mirando á Joujou por el espejo, viéndolo de bruces con toda la pena del mundo para calzarse, y llamándolo con un título que no era aún propiedad suya, pero que le esperaba, seguramente, después de sus dos años de estación en Lynd.

—«Voy de frac sencillo...»

—«Eso si que no!» dijo la joven señora, volviéndose casi indignada, con su dedo negro de carbón todavía en el aire, preparado para la segunda edición del poema melancólico alrededor de los grandes ojos... «Tienes que llevar tu traje de marino que te sienta tan bien: tú sabes que los extranjeros se encantan con todo lo que brilla y que pueda aparecer como alguna dignidad cualquiera»...

—«Es que, si no me hablan sino de mi oficio... estoy *frito*, porque es lo que menos entiendo...» dijo el Capitán con noble franqueza.

La señora continúa empolvándose... Se da vuelta á uno y otro lado, dando con el pie ligeros golpes á la cola de su vestido algo corto de delantero, y lleno de faufreluches de raso rosado fuerte sobre gasa gris pastel... Un último toque de *rouge* á los labios, y de negro á los ojos.

Su corazoncito latía desigual cuando pensaba en sus amigas... «Señor! Señor! ¡qué llevarán! qué no llevarán!...»

En fin ya están listos...

EN EL HOTEL

(Departamento Núm. 1)

Madame Goetz se viste lentamente, mientras su marido, ya pronto, la aguarda relejendo las noticias de su correo. Goetz parece inquieto y entristecido.

—«Es esta revuelta de Kimbart que me atormenta! dice. Es posible! Wronz ha ido personalmente y ha mostrado nuestro programa! Pero son esos obreros de minas que están sordos de cólera á causa de la negativa del jefe vigilante á disminuir las horas de trabajo y á aumentarles el salario...»

—«No debes agitarte tanto, Maxy, dijo Marie dulcemente. Tú haces cuanto

está de tu parte... Luego, hemos venido aquí buscando un descanso absoluto y he aquí que te veo de nuevo nervioso y atormentado... No lo quiero! ¿Sabes?...»

—«¿Recibiste cartas, tú, Marie?»

—«Sí, dijo ella desde el cuarto vecino. Esos buenos amigos de allá no olvidan á los que no los olvidan jamás...»

—«¿Madame de Western?»

—«Sí, y Ely, Madame Wronz, Judic Haffe... y...

—«¿Y?»

—«Gabriel de Morly, dijo ella con valor y con voz fuerte y decidida. Vuelve del Oriente, añadió; hizo el Transiberiano hasta Moukden... De allí se fué al Japón, que ha despertado poderosamente su fantasía...»

—«Marie, ¿sabes que estamos atrasados?»

—«Estoy pronta,» contestó Marie, apareciendo á la puerta del salón.

—«Son los trabajadores de las minas, de mercurio, sabes, dijo Goetz, siguiendo su pensamiento. Parece que han asesinado á Watt, su jefe general...»

—«Cálmate, Maxy, dijo ella, posando sus manos frescas y perfumadas como flores sobre la frente inquieta de su marido. Todos estamos en las manos de Dios...»

—«Es la hora... dijo Goetz. Tres segundos... Styles los conducía á demivitesse. En Lynd las distancias son muy reducidas.

.....

(Departamento núm. 2)

«No es exactamente eso, Kenia», dice Madame Granville-Moore á su doncella. Le aseguro que este lado no está igual con el otro en el peinado... Usó la brillantina de fresa?

—«Sí, señora... es que la señora está algo nerviosa esta noche...»

«Georg! ¿quieres venir un minuto? Sabes que yo no iría á esta comida, tan preocupada estoy con esta ausencia de noticias de casa...»

—«Hace un momento envié un cable, contestó Granville-Moore. En la mañana tendremos la respuesta... Puedes estar segura que no ha sucedido nada», añadió.

—«Estoy francamente fea, dijo Madame Granville-Moore riendo, cuando mi espíritu está ausente, nada me resulta bien. Déme mi collar, Kenia... ¿Quieres abrocharlo, Georg?»

—«Qué complicaciones las de Uds., observó el marido. Allá en casa, como cada objeto tiene su sitio, no me daba cuenta de la cantidad enorme de accesorios que necesitan las señoras... ¿Sabes que es bonita la mesa de toilette de una elegante?...»

—«Y sabes tú que la famosa capa de don Girolamo es bien linda, al fin. Iré

un día de éstos á visitarlo con el gorrito de nutria y elmango y la capa... Oh! Dios mío, que mi pobre Jack esté bien, solamente! Vamos, ya estoy», dijo tomando de manos de Kenia una larga echarpe de gasa bordada de oro y plata.

(Una sala del Palacio de la Gobernación)

La señora de Viot hace las últimas recomendaciones á la nodriza y á la doncella de los niños...

—«Pueden tocar el gramófono hasta las diez... nada más. Tú, Raúl, debes estudiar, acuérdate. Estás tan perezoso que el rector mismo vino á quejarse ayer... Tu padre no lo sabe, y si no me obedeces, yo se lo voy á decir para que no te compre la bicicleta de Hürtz... Violeta! Dios mío! me rompiste el vestido! Te paseaste por mi cola! Greta, tú te vas á acostar antes de comida... chit! no me conteste. Sí, antes de comer, porque está con la garganta muy

hinchada... Mercedes!.. Mercedes! llamó la buena señora, más y más apurada... Oh! Dios mío! ya debíamos estar en camino!.. Mercedes! cuida de que los niños coman bien... Violeta y Mary pueden bañarse... Greta por nada... tiene que acostarse inmediatamente...»

—«Daniell! llamó suavemente á la puerta de su marido. Estamos atrasados...»

—«No importa, dijo el Gobernador. Sabes que estás bien... pero muy bien! añadió mirando de alto abajo á su linda mujer, á quien amaba entrañablemente. No te apures tanto, prosiguió, ya sabes que de todos modos seremos los primeros...»

Luego avanzó ante la Psyché, gesticuló un instante, como si hiciera alguna grave respuesta á algún personaje invisible... frunció las cejas... se miró todavía un minuto más, tomó su sobre todo y siguió á su mujer hacia la puerta.

(En los consulados)

Las damas cubiertas de alhajas y magníficamente vestidas. Los maridos fatigados de sus múltiples atenciones, se preparan á esta última *corvée*, como quien trata de cumplir *bien* un deber algo cansador. Los niños están comiendo para acostarse en seguida; los sirvientes extranjeros se preparan para pasar una agradable noche con amigos *de fuera*. . . puesto que la señora no estará en casa. El señor y la señora se visten. . . conversando de todo... de los asuntos del día... de la baja súbita de los valores. . . de la próxima llegada de un barco argentino. . . de las dificultades en las recientes instalaciones de sus casas de comercio en Río Sur... de las encomiendas de Drecoll y Paquín anunciadas para el día siguiente... Era verdaderamente muy cómoda esta liberación de los impuestos de aduana. ,

«Si irá á ser lo que llamamos en New York á *steady folks dinner*» decía la graciosa Kate Heywood. . . Espero que Mac Donald estará. . ?

«Dios mío! que hayan invitado á Marcel! rogaba entre el lavabo y la Psyché, la bonita y mística María Wusthoffer, que era una de las bellezas de Lynd. «Y que si ha de decirme algo, sea esta noche. . . No estoy tan mal», pensó sonriendo á la linda carita apenas sonrosada, de magníficos ojos negros, ardientes y desanimados de tan larga espera amorosa. . . que la Psyché le enviaba en medio del brillo de las flores eléctricas. . .

El doctor Wetnetsof trabaja aún en su gabinete lleno de libros y papeles. Son las 6.30 de la tarde. . . y ese cliente que se embrolla y no concluye. . ! En fin, ya se fué. El doctor telefonea á las cocinas: el chef contesta que todo está

pronto. El criado del doctor le avisa que el baño y el masajista esperan. . . que los caloríferos de toda la casa están cargados hasta las 2.30 de la mañana. . . El mayordomo llama á la puerta.

—«¿Está Ud. listo, Mr. Claude?»

—«Perfectamente, señor doctor».

—«Vele Ud. para que todo esté en orden, me comprende? No deseo ser molestado por ningún detalle. . . »

Mr. Claude se inclina.

—«Espero que el señor estará satisfecho. . . » responde.

—«La pieza de señoras? . . »

—«Madame Claude está ahí. . . Está lista».

—«Puede Ud. retirarse. Mr. Claude. Ruegue á Ochrenins de venir un momento. . . »

—«En fin, ¿qué me agita de este modo?» quiso preguntar el doctor, frunciendo el ceño como ante un enemigo,

una vez que los discretos pasos del mayordomo se perdían hacia el interior de la casa. Aquel carácter altivo y vigoroso se habría sentido humillado si hubiera debido confesarse á sí mismo que *algo* nacía en su espíritu. . . como la primera lumbre de la aurora sobre un vasto horizonte.



VI

En casa del Doctor

—«Balmaceda? ciertamente que lo conozco: fué uno de los grandes hombres de Chile... el *leader* del partido liberal... Tuve muchos detalles sobre esa revolución que nació, según creo, de un proyecto de reforma en la Constitución chilena ¿no es así?..

—«En efecto, era lo que Balmaceda pretendía», respondió mi marido. «Era un *leader*, un conductor de hombres; y como Ministro primero y como Presidente en seguida, trajo á la Nación un considerable prestigio.

—«Balmaceda tuvo la suerte de subir al poder por una escala de oro», dijo

el doctor, «Chile descansaba en ese entonces de las fatigas de la gloria. La riqueza del Perú y Bolivia había naufragado en la guerra del Pacífico, y la fortuna se volvía hacia nosotros: el país dormía sobre laureles. Teníamos inmensas extensiones territoriales que nos producían salitre y guano... una riqueza! Balmaceda ejerció el poder prudentemente al principio, y su prestigio se acrecentó grandemente. Pero, fué infiel á la fortuna: obedeció á malas influencias y... se perdió! Por lo demás, ya la hora había sonado! El país no podía más...»

—«Leí mucho sobre esa revolución, dijo Goetz»: en Francia se escribió sobre ella y su marcha preocupó... Fué sin duda una gran prueba para Chile esa guerra civil, después de la campaña del 79...»

—«Pero si el país fué herido, salió bien gloriosamente de la prueba, dijo

mi marido. Si en todo caso, nadie se felicita hoy de los resultados de esa revolución, es cierto también que fué un paso de poderosa vitalidad, un impulso de patriotismo muy puro y muy hermoso.»

—«¿Es que la Constitución chilena por su naturaleza, no se expone á estas tremendas eventualidades?» preguntó Goetz. «Se lo pregunto á Uds. porque en nuestras conversaciones con Ud., Mr. Granville Moore, creo haber notado en el sistema constitucional chileno una imitación del sistema parlamentario inglés... lo que, dadas las exigencias republicanas, se adaptaría imperfectamente al carácter y al temperamento de la raza...»

—«El hecho es», respondió el doctor que un nuevo orden de cosas nació entre el humo del campo de batalla, de las complicaciones políticas y de las negociaciones diplomáticas de esos tiem-

pos ya casi olvidados... Chile se desprendió muy bien de lo que Ud. llama con razón *la imitación inglesa* y se acercó, gracias á los esfuerzos de Blaine, por aquel entonces Secretario de Estado en Wáshington, á la Gran República Norte Americana. Pero, luego se vió que Pulgarcillo podía ser comido por el ogro... y Chile desea conservar una independencia que está en situación de mantener con su fuerza.»

—«Estaba yo en Lynd al terminar la revolución», dijo el marqués de Castel, y recuerdo que acá se temía mucho una intervención armada de parte de los Estados Unidos, cuando la designación del sucesor de Balmaceda...»

—«Oh sí! grande fué la tentación de responder á la amenaza con la amenaza... Pero Ud. ve, M. Goetz, la desigualdad de un conflicto entre una República de 80 millones de habitantes, con nosotros que teníamos apenas cua-

tro... Oh! recuerdo muy bien *l'affaire* Egan, su ultimatum y el descontento manifestado por el Gabinete de WASHINGTON... Pero perdonen Uds. señoras», prosiguió el doctor... Para mí los recuerdos de esta guerra en la que tomé parte como simple soldado el primer tiempo, me excitan, dándome momentáneamente el ardor y la juventud de entonces...»

—«¿Combatió Ud. doctor? preguntó Madame Goetz.

—«Sí, señora, en tres batallas... Había allí toda la juventud chilena que reclamaba un derecho y lo defendía *por la razón ó la fuerza*. Es nuestra divisa, sabe Ud? y la llevamos muy lejos en aquella ocasión... Perdí muchos de mis amigos... y era doblemente triste», añadió «porque balas fratricidas segaban flores primaverales... En fin, hagamos la paz; bastante hemos hecho la guerra esta noche! Y ¿qué me dicen

Uds. de la vida en Lynd? ¿No se fastidian Uds. demasiado?»

—«Oh, nó! nos reposamos deliciosamente en esta gran tranquilidad», respondió Madame Goetz. «Hoy fuimos hasta Río de los Ciervos... ¿Ud. conoce, Madame Albany?»

—«No, señora: hago muy pocas excursiones... teniendo niños, Ud. sabe...

—«Yo conozco Río de los Ciervos», dijo Joujou: «es lástima que la vegetación falte tanto en las orillas del mar que allí es tan hermoso, tan límpido... En Honolulu...

—«Sí, ya no es el mar comercial del puerto, poblado de navíos y embarcaciones... Es el mar poético, solitario, misterioso y tan tranquilo...» dije yo.

—«Iremos uno de estos días con sus niños, marquesa, y con los suyos, señora Albany», dijo Madame Goetz.

—«Con muchísimo gusto» contestaron ambas. «Muy amable...!» Dígame

Madame Goetz», añadió la marquesa de Castel, «¿cómo se hace que Ud. hable tan bien nuestro idioma? Mi marido está encantado, sabe Ud.? y pretende que Ud. debe haber vivido largo tiempo en España...»

—«En efecto, marqués, contestó Madame Goetz dirigiéndose á Castel. «Hemos pasado un buen tiempo en Madrid, en Valencia, Sevilla, Barcelona, durante dos años y meses... Sabe Ud. que tuve ocasión de conocer personalmente a don Benito Pérez Galdós, el dramaturgo español?»

—«Verdaderamente?»

—«Verdaderamente. El se había encontrado con mí marido en Bruselas durante el Congreso de la Paz, luego en Reims con ocasión de la Asamblea de Sacerdotes Católicos. En una soirée en casa de don Benito Pérez Galdós, conocí también á la gloriosa doña María Guerrero y á su marido el sobrio y

elegante don Fernando Díaz de Mendoza. Representaban ellos mucho á Pérez Galdós... Ud. ¿conoce *Electra*?...»

—«Sí, en Buenos Aires el año último... A mí me deja una impresión inquietante Pérez Galdós, dijo el marqués: no sé qué alabar más, si su gravedad castellana ó su flema británica... Pérez Galdós nos desconcierta... Recuerdo que en una ocasión se le ofrecía un gran banquete de honor... Todos esperábamos un discurso... El se contentó con escribir en un papel *Gracias de corazón*. Tuve la suerte de conversar con él y le aseguro á Ud. que creí encontrarme en presencia de un inglés, más bien...»

—«Pero se explica fácilmente todo eso, marqués, dijo Goetz. Pérez Galdós viene de Las Palmas, donde la población es más inglesa que española... donde dos religiones viven al lado una de otra, en recíproca tolerancia. Su ironía

ligera, que ciertamente Ud. habrá notado, viene de que Pérez Galdós se ha familiarizado mucho con los autores ingleses, y Dickens y Thackeray han sido su verdadero alimento... De ahí también su libertad de pensamiento... El quiere en su obra, sacudir el polvo que cubre á España y hacerla caminar al gran aire y á la luz del día de hoy...

—«Tiene Ud. razón: recuerdo que en los comienzos, Pérez Galdós me chocaba grandemente, y su heterodoxia me hacía mal. Notaba que él había hecho camino en España á las ideas noruegas y rusas, cuando aún los cerebros no estaban preparados para ellas... Luego después, hube de alabar la sinceridad y el valor de su esfuerzo... Su teatro ha hecho indudablemente una obra de utilidad, porque los defectos que personifica en sus héroes, son los mismos por los cuales él explica la decadencia de una raza que no se levantará sino sacudiendo esos defectos...»

Terminaba la comida: era lujosa, pero sobria y del mejor gusto. La mesa estaba puesta con rica sencillez. Una rama de orquídeas sobre el blanco mantel de guipure: en el centro un baile de siete admirables figurinas de Saxe, y nada más, fuera de los ricos cristales y vajilla de plata.

El *chef*, un francés que merecía ser inglés, por su cara afeitada británicamente y por la impassibilidad de su actitud, se había colocado al lado de la puerta que se abría sobre el invernadero. Toda la vida de aquel individuo se había concentrado en sus ojos... y con una señal imperceptible de ellos, tenía á sus órdenes á los dos muchachones austriacos que servían como autómatas, con una suavidad y discreción de movimientos que era verdaderamente agradable.

—«Me parece, doctor, dijo Madame Goetz á su vecino, que reconozco esta

danza?... Pero sí! añadió, es la reproducción del regalo de Loubet al Czar durante su visita á Francia...»

—«Perfectamente, señora: en la Exposición de París; yo vi en una vitrina el modelo y me sedujo por la gracia *antigua* y serena de estas mujercitas que, danzando nos hablan de la verdadera belleza. Ellas no tienen el gesto moderno ¿no es así?...»

—«Hay un gesto moderno? preguntó interesada...

—«Positivamente, lo hay, dijo el doctor. El hombre contemporáneo toma *naturalmente* actitudes que los antiguos no conocían ó, á lo menos, que no han sido reproducidas. Los antiguos representaban generalmente tres imágenes: el reposo, el juego y el combate... Los modernos representan tres cosas también: el trabajo, el pensamiento y el dolor...»

—«Ah! es que esas tres entidades son

tan nobles en sí mismas, tan dignas de ser immortalizadas!..

—«No digo lo contrario, continuó el doctor: pero para nosotros que trabajamos, pensamos y sufrimos, es un reposo la contemplación del arte en su forma antigua y serena... Estas bailarinas son para mí unas amiguitas que encantan mis horas... Siempre las hago colocar en la mesa, dándome de este modo en mi soledad un espectáculo artístico...»

—«Y del cual es Ud. el único espectador, como el Rey Luis de Baviera dije yo.

—«Uds. vieron en la Exposición el *Penseur* de Rodín? dijo M. Girard. Me llegará pronto una bonita reproducción...»

—«No me gustó nada, absolutamente nada, dijo el cónsul americano. Encuentro que la actitud que Rodín impone á su *Penseur*,... y bien... *practicada*, dijo riendo, «no se la puede soportar ni tres

minutos... sin un cansancio atroz. Ah! nó! no es artístico el *Penseur*, porque carece de verdad...»

—«Comprendo fácilmente su crítica, dijo Goetz. A medida que el hombre se torna pensativo, es evidente que el círculo de sus gestos debe reducirse y la cabeza replegarse sobre el pecho como para buscar allí algo... El *Penseur* de Rodín, tiene una actitud imposible...»

¡Oh que hermosa música! ¡pero es del más puro *Langtàn*! como dicen los noruegos... dijo Madame Goetz. Qué es doctor?... Sabe Ud. que su orquesta es deliciosa?... añadió...»

—«Explíqueme primero qué es lo que Ud. llama *Langtàn*?»

—«Oh! es inexplicable! Es una palabra destinada á expresar lo que las demás no pueden decir, respondió Marie, cerrando los ojos un instante. *Langtàn* no es solamente la languidez que expe-

rimentamos recordando un bien perdido... Es, sobre todo, el deseo de salir de nosotros mismos y la melancólica voluptuosidad de constatar nuestra imposibilidad... Es la nostalgia de un corazón que se muere por no poder nombrar lo que adora... Es esa divina melancolía que tiñe nuestras almas á los acordes de una música que oímos por primera vez y que despierta en nosotros algo que dormía... Pero veo que estoy contando una historia que acaso Ud. no comprende, doctor...»

—«¡Oh señora! no sabe Ud. cómo la soledad revela todas las almas y nos hace comprensivos, dijo él... Salvo, tal vez para nosotros mismos...»

—«¿No está Ud. de acuerdo con Ud. mismo?»

—«Desde algún tiempo me pierdo de vista dijo él... Hay acaso algo de *Langtàn* en mí... Ud. con su alma adivinadora de rusa puede decirme qué *Lang-*

tàn vive en mí... Creo que estaremos mejor en *la serre* para el café», añadió el doctor ofreciendo su brazo.

Esa *serre* era deliciosa: infinita variedad de plantas y flores crecían allí libremente, subiendo por hilos invisibles como locas coronadas de pétalos extraños que parecían tener una fisonomía, una expresión, como caras humanas. Jaulas doradas, en las cuales saltaban asustados viendo interrumpido su sueño, magníficos pájaros venidos del extranjero. El piano invisible bajo grandes hojas de plataneros y sikas; y los músicos, escondidos entre la verdura del fondo como insectos cantores... Asientos muy bajos, confortables; una luz tamizada por grandes *abat-jour* de verde color. Era bonito, verdaderamente elegante y revelador; sitio de tranquilidad y de silencio para reposo de un cerebro activo: y de agrado para un cuerpo habituado al *confort* más completo.

—«Estas danzas que tocan mis austriacos, son rusas... es la extraña música de Kirsmi-Korsakow, que nos revela el alma salvaje del cosaco... Fué escrita por Kirsmi durante su viaje al Oral. Yo lo conocí por gran casualidad, y lo vi dirigir á un grupo de amigos que se reunían á tocar en su casa todas las noches... ¡Cuánto tiempo y cuánto trabajo he tenido para hacer entrar esos matices en el alma de estos buenos vieneses... Y, sin embargo, son artistas los vieneses... Pero su mentalidad musical, diré, está diferentemente orientada que la de los rusos... La música de estas danzas y canciones cosacas, es netamente salvaje...»

.....

—«Quiere Ud. hacernos oír algo *chileno*, doctor, dijo la bella Mrs. Brice. Me encantan las canciones populares de este país! hay en todas ellas un acento tan dulce, tan triste, que llegan á ser

lindas aún cuando están mal cantadas...»—

—«¿Han visto Uds. bailar *cueca*?» preguntó Joujou.

—«Nó; ¿es una danza nacional?» preguntó Goetz.

—«Sí, y la señora de Albany está admirable en ella», dijo la marquesa.

—«¿Yo? Nó!... Ud. si que es una maravilla en sus bailes españoles», respondió la de Albany. «Yo soy demasiado vieja...» Se veía, sin embargo, que la *vieja* se moría por ser rogada... Joujou fué el único que lo hizo...! El conocía las vueltas y revueltas de su costilla...!

—«Podrías bailar... ciertamente», dijo Joujou.

Pero como nadie insistiera en el grado de entusiasmo que ella esperaba, la de Albany quedó en su asiento, furiosa bajo de su sonrisa... picada en lo más vivo...

—«Nó! que baile Ana!»

—¿Yo? dijo la otra. «Pero, nó!, pero, nó!... Figúrese Ud., Madame Goetz», prosiguió la graciosa argentina, «que esta danza la bailaba mi cuñada para entretener á mis niños! Una vez que ella se fué, después de su matrimonio, hube yo de reemplazarla... y de este modo aprendí á bailar... pero le aseguro á Ud. que...»

—«Vamos, Ana!» dijo Madame Brice, que era pariente próxima de la marquesa. «Frantz», continuó dirigiéndose á de Castel, «seguramente ella no tiene aquí sus castañuelas?»

—«Pero yo tengo unas espléndidas, un specimen *pur sang*», dijo el doctor, «me fueron obsequiadas en Bilbao y firmadas por don Frasquito Canova que tenía el famoso club de los Buenos».

La marquesa se levantó. Su juventud, su belleza y su gracia tímida, con cierta altivez que venía ciertamente de las fuentes oscuras de su raza nueva y rica,

hacían de ella un sér seductor en sumo grado.

—«¡Qué graciosa es!» dijo la de Viot.
¿Se diría que tiene tres niños, el último de la edad de mi baby?...

La marquesa llevaba un traje de raso blanco y encaje que modelaba la esbeltez de su talle y las líneas juveniles de su cuerpo. De pie entre el follaje del invernadero, la vimos de súbito muy seria, casi grave; comenzó por jugar con las castañuelas, en lento gesto, cubriéndose la cabeza con los centenares de cintitas rojas y oro que pendían de las maderillas sonoras. Seguía con los ojos el ir y venir de aquellas ondas de seda... buscaba un contacto... una intimidad, un lazo de simpatía con esos instrumentos ajenos que debían secundar su gracioso esfuerzo... y el movimiento de sus brazos, lento y grave, arrojaba continua lluvia de colores vívidos sobre su cabeza y sus hombros...

La música la seguía, lenta y grave también, casi triste... De súbito la Marquesa fijó sus miradas en su marido que miró hacia otro lado, entre confuso y encantado... entornó sus grandes ojos risueños y algo pálida y conmovida comenzó á bailar...

Ah! se transformaba aquella hermosa mujer moderna... Encarnaba en aquel momento, viejos recuerdos de alegría y dolor que duermen desde las primeras edades del mundo, entre los ritmos de la danza... y pude percibir los matices nuevos, creados por la encantadora criatura que había puesto entre el balanceo y los movimientos antiguos de aquel baile, mucho de su alma nueva, rica y ardiente... Parecía perdida... absorta. Sus ojos no veían: las castañuelas cantaban su canción de golpecitos secos y las cintas caían siempre... Al fin, la música se hizo más y más animada; y cuando Ana de Castel arrojó al aire las

castañuelas que cayeron á sus pies como dos esclavas, estaba agitada y temblorosa y embriagada como después de un triunfo.

«¡Magnífico! excelsior! excelsior!», dijo Goetz, aplaudiendo con toda su alma. «Ud. hace una creación de lo que ciertamente cada uno de nosotros ha visto y admirado en otras partes, señora. Su cuñada habrá dicho á Ud. que ese baile no es ya el de ella sino el *de Ud.*... ¿No es así?»

—«Ud. es verdaderamente mui indulgente, monsieur Goetz», dijo la joven algo confusa...

—«Y Ud. viaja mucho también? ¿ha visitado España? preguntó Goetz sentándose á conversar con la Marquesa...

«Hace tres meses que hemos regresado de Inglaterra donde mi marido tuvo que cumplir una comisión de una sociedad inglesa formada acá... tenemos buenos amigos en Londres y en

Liverpool... Frantz fué educado en Oxford»...

—¿Ah sí?

.....

.....

—«Le aseguro, querida, es un gran peligro... hay mucha tos convulsa. Vale más encerrar á los niños decía Madame Brice á Madame Girard. «Vi á las suyas, camino del carroussel: Madame Viot: le aconsejaría no dèjarlas salir»...

«Justamente acabo de acostar á Greta que ha cogido un fuerte resfrío: esta tarde tenía algo de fiebre, apenas podía hablar»...

¿Y Ud. señora ha tenido noticias de los suyos?

—«No por este correo, Madame Girard, y estoy seriamente inquieta... Tendremos un cable mañana.

—«Es sensible que el telégrafo no sea directo de Lynd á Santiago», dijo el Go-

bernador. «Ud. sabe que los cables van y vienen vía Buenos Aires».

—«Lo sabía... por esto es que las noticias siempre tardan más que nuestro deseo»...

—«Yo también espero un cable... y bien importante para mí, dijo la primera autoridad. Se trata nada menos que de una ganancia de cien á dos cientos mil pesos que puedo tener»...

—«¡Es curioso como Lynd es poco chileno, Gobernador! y como se vive acá de todas partes, menos de los productos de Chile»...

—«Es principalmente á causa del embalaje, replicó el Gobernador. Ud. sabe que aquí hay gente inmensamente rica; y los que no lo son, es decir los empleados y los nativos, ganan ampliamente para pagarse sus gustos de gente bastante más civilizados que nuestros trabajadores del Norte. De Chile lo poquísimos que se importa llega á esta distan-

cia en un estado lamentable á causa de la imperfección del embalaje. Aún las papas que se consumen en Lynd, vienen de Montevideo; son tal vez más caras, pero son espléndidas y todos las prefieren, puesto que pueden pagarlas»... ¿No encuentra Ud. curiosa esta ciudad?

«Muy interesante, sin duda. Es como un gran escenario que cambia continuamente de decoración y de personajes... y luego aquí todos trabajan, desde el millonario hasta el último obrero. Yo admiro á estos caballeros que, después de su día de trabajo y de preocupaciones absorbentes, van á sociedad, frescos y dispuestos, divirtiéndose en esa *halte* para volver á empezar sus tareas mañana».

—«Véame Ud. las joyas de Madame Brice... y Madame Girard... y la Marquesa... y qué *parure* más soberbia de perlas negras, la de Madame Goetz...

Sólo la señora Albany no lleva ningún accesorio lujoso. Es un capricho de mujer bonita... dijo el Gobernador».

.....

.....

«¡Joujou! por el amor de Dios, trata de hablar algo siquiera... Deberías contar sobre eso de las bibliotecas circulantes para los faros... aunque no sea tuyo el proyecto... Di que es á tu iniciativa que se debe, decía la señora de Albany á su marido, apresuradamente y fingiendo hacerlo admirar una planta... aún señalándola é inclinándose sobre ella.

«Pero si todos saben que lo de las bibliotecas es idea del capitán Martín».

«¡Qué se van á acordar!»...

Joujou se alejó inmediatamente acercándose al Gobernador, Goetz y Granville Moore que conversaban juntos.

—«¿Qué noticias tiene del barco argentino que esperamos, Gobernador?

—«*La Sarmiento* debe estar anclada en este puerto el martes próximo, capitán»...

—«¿Y de Dungeness?»

—¡Ah de Dungeness! Siempre lo mismo... pero tengo que felicitar á Ud. capitán... me dicen de un proyecto de bibliotecas circulantes para los faros... y que Ud.»...

—«¡Oh yo nó! Ud. sabe que no hay nada nuevo bajo el sol, como *dicen vulgarmen'te*. A mí también se me había ocurrido...

—¿Cómo es eso? preguntó Goetz.

—«Es una innovación que *se* ha propuesto dijo Albany (con una modestia que hacía hono: á su conciencia), más bien un acto de humanidad... Se trata de crear una biblioteca circulante para entretenimiento y provecho de los vigías de faros, de esos desgraciados que viven delante de la soledad eterna...», dijo Joujou no sin cierto lirismo.

—«Este pensamiento hace gran honor á los sentimientos de Ud., capitán», dijo Goetz.

—«En Honolulu ya se me había ocurrido, dijo Albany: me vino la idea conversando con el capitán Galayú, hace doce años....»

—«Esa idea ha tenido tiempo de madurar...», pensé yo.

.....

«Sin duda la música es entre todas las Artes, el arte sociológico por excelencia», decía el Dr. Wetnetsof á Madame Goetz, que le escuchaba profundamente interesada.

La orquesta había ejecutado creaciones variadas. Marie Goetz parecía estar encantada, absorta por los sonidos y su fisonomía había adquirido una expresión de ansiedad á causa de los recuerdos que se despertaban en su memoria.

—«El arte, en general, establece una

comunidad en los sentimientos, dijo Maríe: y entre las artes, es la música que une los corazones: es el lenguaje de la sensibilidad que responde á una necesidad profunda del género humano. Felices aquellos que han recibido el don de revelar el alma oculta de la música...»

—«Yo pretendo que la música puede expresarlo todo... dijo el Doctor.

—«Siempre que no sea arrastrada fuera de sus dominios que son, *el sentimiento y la idea*: ¿no cree Ud. lo mismo?»

—«Naturalmente. Sobre esto discutíamos en una ocasión con Brice, y recuerdo que me respondió: Bien, Doctor! Vamos á entrar juntos á este restaurant: y si Ud. logra conseguir que le pasen un pan dulce, pidiéndolo por medio de la música *sola*, seré de su opinión... ¡Qué *boutade* tan de americano, eh? En vano me esforcé en ha-

cerle comprender que aquello era colocar la música fuera de sus dominios...!

—«Y luego el hombre no vive solamente de pan... dijo Marie. Si pidiéramos á Grace Granville de cantar algo», añadió. Deseo y necesito oír el eco de las músicas que conozco... ¿Quiere Ud. Grace?»

—«Ciertamente: ¿quiere Ud. oír el Alma de los lirios?»

—«De quién?»

—«Del más puro Grieg, querida mía...»

—«¡Pero yo la conozco esta alma!... Ud. me la reveló hace pocos días, Doctor, enviándome esa flor magnífica»... Gracias, una vez mas.

L'âme évaporée et souffrante,
L'âme douce, l'âme adorante,
Des lys divins que j'ai cueillis
Dans le jardin de ma pensée.
Où donc les vents l'ont ils chassée
Celte âme adorable des lys?

N'est il plus un parfum qui reste
 De la suavité céleste
 Des jours où tu m'en enveloppais
 D'une vapeur surnaturelle
 Faite d'espoir et d'amour fidèle
 De béatitude et de paix?....

Sobre acordes ligeramente apoyados vaga la deliciosa poesía y su diseño melódico, se destaca puro y sencillo como el tallo de un lirio... Visiones ligeras pasan en aquellos momentos, tocando el fondo de nuestra alma con el extremo de sus alas luminosas.

«Grieg es una flor milagrosa y solitaria», dijo Marie. «Nadie le ha precedido ni le ha seguido en su arte»...

—«¿Conoce Ud. la *Misa en Ré* de Beethoven, doctor? continuó. A ruegos de Monseñor de Giorgio, voy á ejecutarla mañana Domingo en el gran órgano de la Iglesia»....

—«Lo sabía, señora, y sé aún que to-

dos estamos invitados á esta audición, desde hace tres días. Es esta misa la que los artistas llaman *Novissima Verba* de Beethoven, ¿no es así?»

—«Nó. La *Novissima Verba* pertenece á la *Sinfonía con Coro*. A lo menos, creo decirle á Ud. la verdad. No recuerdo exactamente... Dígame Ud., Doctor, ¿quién es esa linda joven que conversa tan animadamente con M. Renault?»

—«Son dos víctimas del eterno Eros, señora: se aman y se casarán... Es un caso especial que le referiré á Ud. en otra ocasión... Ella, María Westhoffer es una alma de elección: El, un excelente joven.... que no la comprenderá jamás!.. Ella es la mujer de un solo amor... como decíamos de las rusas...

—«¡Ah! qué bien comprendo eso! dijo Marie. ¿No cree Ud. Doctor que el amor pasa por las almas una sola vez en la vida?»

—«Lo creo firmemente» contestó el Doctor que generalmente hablaba del amor con graciosa ironía.

—«Y esa americana? porque su tipo me dice que es una *canadian girl*...»

—«Es Kate Heywood que flirtea hasta con su sombra porque la sigue, dijo el Doctor. Es muy original y muy linda ¿no es verdad?»

—«Muy linda... Nos veremos mañana? añadió Marie».

—«Ciertamente: almorzaremos en el Palacio de la Gobernación y luego la misa...»

—«Nos vamos, dijo Marie levantándose. Gracias mil veces por esta agradable noche de armonía perfecta, Doctor. Cuando Ud. se aleje vamos á extrañarlo, sabe Ud?...»

—«Sé que no me alejaré, murmuró el otro en voz muy baja, inclinándose sobre la pequeña mano».

La partida de Marie fué la señal de retirada... y poco á poco todos abandonamos la morada del doctor Wetnetsof, dejándolo delante de la variedad de sus pensamientos...



VII

La Misa en Ré

En Lynd hay una sola iglesia católica, servida por sacerdotes italianos que tienen á su cargo los talleres de Don Bosco.

Si en la ciudad no hay aún esa gran afición artística y musical que se nota en los viejos centros de población cuando la gran actividad ha cedido al reposo que trae la fortuna, se ve, sin embargo, que la éra de trabajos primordiales que debía hacer surgir de la nada el pequeño puerto, y ayudarlo á formar nú-

mero entre los más importantes del país, va pasando. Suntuosos palacios con todas las exigencias del *confort* moderno han reemplazado las antiguas modestas habitaciones de madera, abrigadas por numerosas estufas. Lynd comienza á descansar; y el arte hace sus primeras apariciones en la joven ciudad, según las exigencias de los espíritus. El pueblo sigue extasiado, las bandas de músicos austriacos, hombres inmensos, de claros ojos, de pelo color trigo, que en la mañana del domingo recorren ciertas calles, deteniéndose en la Plaza Mayor, delante del palacio de la Gobernación, á tocar el *Valerland* ó *l'aigle d'Autriche* ó un *waltz* ó *gavotte* de Czibulka poblando el aire de la tranquila ciudad, con recuerdos de su lejana patria. La multitud alegre y bien puesta penetra en breve al templo, donde se dice una Misa baja, servida por un solo sacerdote, Monseñor de Giorgio, jefe de

las misiones australes y Prefecto Apostólico de Lynd.

Un joven diácono lee con incolora voz un capítulo sagrado, lección del libro de Tobías generalmente, sobrio y hermoso; palabras purísimas de las cuales se siente una virtud poderosa que mueve el espíritu en progresión ascendente. Hay en el culto de nuestra Religión, algo de solemne y de sencillo á la vez que conmueve y trasporta. Y en las más simples ceremonias católicas, cuando son cumplidas en espíritu de sinceridad y humilde abandono de adoración, una imagen viva y real de la presencia de Dios y de la devoción del hombre...

Esos cantos, esos ritos, ese vestuario siempre el mismo, en un mundo en que todo cambia, en el cual va muriendo tanta fórmula y tradiciones tan augustas, este culto exterior se destaca en toda su potencia emotiva y afectiva. Si es difícil olvidarse de Dios en alguna

parte; es imposible no sentirlo vivo y cercano en un templo católico.

Canta el órgano bajo los flexibles dedos de un sacerdote italiano, que arranca al misterioso instrumento todos sus secretos. El servicio comienza generalmente con un himno gregoriano al Santísimo Sacramento ó con un coro de voces infantiles mezcladas con las de los sacerdotes... Extraño *tutti*, de conmovedor efecto. Allí se oye un cántico nuevo que nadie sino los que viven fuera del mundo vano, pueden entonar... voces juveniles de los que no conocen aún el dolor de vivir: voces jubilantes de los que han sido rescatados de la gran miseria; y voces graves y profundas de los que la han conocido... pero que viven alentados por una próxima esperanza...

Estos corales cantaban á veces algunos versículos de los Salmos, que inspirados por Dios son á la vez la humilde

oración del hombre que, grande en su esfera, reconoce, sin embargo, la inferioridad de esa esfera ante aquella en que reside una invisible Majestad.

A esa Majestad misteriosa y lejana, toda la ciudad de Lynd se apresura á rendir homenaje; y desde el primer ciudadano hasta el último obrero católico, todos asisten al templo, guardando en él perfecta compostura. Pero una vez terminada la misa, vuélvese la página religiosa, y ni en los salones ni en la intimidad nadie se preocupa del reino de Dios, sino para *buscar su añadidura*.

Aquel domingo, Marie Goetz debía ejecutar la Misa en Ré de Beethoven. Envuelto el templo en una penumbra semejante á la luz del crepúsculo; corridos los oscuros velos de las altas ventanas, el templo parecía soñar, sumido en profunda reflexión mística. Las arcadas iban disminuyendo hacia

el altar, entre un bosque de elevadas columnas que se alzaban como troncos de árboles prehistóricos, rígidas é inmóviles. Una calma santa reinaba...

El sacerdote hizo la señal de la cruz lentamente, gravemente, delante de ese Dios que renueva cada mañana su juventud, como la del águila... y se inclinó en humilde oración que confesaba su indignidad, preguntando en nombre de todos nosotros la causa de las turbaciones internas que hacen gemir al hombre...

«Quare tristis est, anima meà, et quare conturbas me?...» La eterna y angustiosa cuestión...

De súbito el *Kyrie* comenzó.

Obra sociológica y humanitaria por excelencia, la música de Beethoven nos revela, si logramos comprenderla y llegar en nuestra sensación hasta el altísimo trono donde tiene su solio ese príncipe de la música; cuánto amor y

compasión guardaba su grande alma hacia el género humano. *El Kyrie* de la *Misa en Ré*, es, bajo este punto de vista, admirable de plenitud y de unanimidad.... Pero superior aún y sin igual en la obra entera de Beethoven, me parece su *Agnus Dei*, cuyo prólogo es una plegaria para obtener la paz interior y exterior... En un andante uniforme, esa plegaria se desarrolla lentamente...

A medida que se implora al *Agnus Divino*, la música va acompañando piadosa al alma que ruega, y despliega en ella su dolor íntimo para hacerlo visible ante el Divino Cordero, é interesar la bondad de su corazón alcanzando *el don*... ese don que sobrepasa á todos... *Pacem, Pacem*, dicen las voces, afligidas y temerosas de no arrancar esa gracia casi imposible, á la Divinidad que sola la posee, pero que

se muestra de ella tan avara con el corazón humano!

Bruscamente todo cambia... ritmo, compás, tonalidad. El órgano se conmueve... se estremece, y las voces de contralto, de tenor, y soprano, gritan al cordero una espantada adjuración...! grito sublime, grito de guerra que anuncian las terribles trompetas.

De nuevo es la paz... *Pacem*, que pide á Dios para los hombres, la grande alma tierna y compasiva del *Maestro*. Es la paz... mañana será la dicha!...

«El sueño de Goetz... pensé. El ansia jamás satisfecha del humano corazón». Y recordé entonces esas palabras de Schiller que son el tema de la sinfonía titulada: *Novissima verba*. «Oh paz! bella quimera! hija de la divinidad y del Eliseo celestial...! Llenos de arroboamiento inefable entramos á tu santuario. Una potencia luminosa reúne por fin á los que separaban los rangos

del mundo... A la bienhechora sombra de tus alas, todos los hombres llegan á ser hermanos...»

Ah! era sublime! Todos escuchamos... pocos comprendían acaso, por que en el bendito reino musical «muchos son los llamados y muy corto el número de los elegidos...» Pero el silencio y la recogida actitud de la muchedumbre, hacían de aquellos momentos una hora inolvidable. Sentía que mi alma se remontaba por grados invisibles y misteriosos, compuestos de todos los sentimientos naturales y sencillos, que desde todos los puntos de la tierra hacen suspirar á las criaturas por un mundo mejor... La voz de la Iglesia, es ese canto grave y tierno, que es el suyo, canto que es una palabra que resuena; canto que siendo rico permanece sencillo... que siendo fuerte, se reviste de dulzura... Canto de la naturaleza y del espíritu del amor y

del pensamiento... voz de fe, lenguaje espontáneo y sentido por corazones acariciados especialmente por la mano Divina.....

.....

La Misa terminaba....

El sacerdote nos bendecía, volviéndose hacia el lado del Evangelio, según San Juan:

«In principio erat Verbum»...

Y pronto decía lentamente, con profundo acento de convicción, que el Verbo era la Gracia y la Verdad... ¡La Verdad! Ah! qué sensación de consuelo, y qué pura llama de afectos enciende en nosotros la certidumbre de esa Verdad, que llegaremos á poseer algún día!

Yo sentía que mi alma reposaba tranquila y segura á los pies de ese Verbo de Verdad, que todos vivíamos bajo su mirada luminosa, á la sombra de sus

grandes alas abiertas sobre el mundo, y
en su poder...

.....
.....

Afuera del templo, la serena multitud, ajena en su mayor parte a la impresión de aquella hora mística tomaba el camino de su vivienda, después de haber concertado el rutinario proyecto de diversión para todos los Domingos.



VIII

La città dolente

.....
«Y no es una pretensión de su servidor... pero ese manto de nutria realza la belleza de Ud... Girolamo entre las ruinas de su vieja alma, conserva un tesoro; signora mía, y este tesoro es su memoria!... Recuerdo que la primera vez que Ud. me visitó... *«il primo istante che il pie de l'excellenza vostra, intró in questo camin alto é silvestro* como dice mi maestro Dante... yo me dije: «Algo falta á esta belleza casi perfecta... una

línea... un color... ¡*Eureka!* era este manto! que faltaba á Ud... y Ud. que faltaba al manto... Yo buscaba la armonía del conjunto... he ahí todo!... Ud. debe saber que yo he basado mi vida en la armonía...»

—«Dígame Dom Girolamo! Ud. debe ganar una barbaridad de plata en esta industria?...»

—«Plata? No hago el menor caso de la plata! signora. Hago un trabajo artístico, no un comercio... Por lo demás, Ud. sabe que hay gentes que no tienen más que una mano!...»

—«¿Cómo es eso Dom Girolamo!...

—«Positivamente... una sola mano... ¡Y no es una metáfora, ni un *joke*, como dicen los ingleses... es una realidad! Una sola mano!...»

—«No comprendo, francamente...»

—«Se lo repito, signora!... ¡¡Márguela!! gritó el viejo» no es bueno que el hombre esté solo! es por esto que el Se-

ñor me hizo el regalo de tu voluminosa persona, regalo que nunca le he agradecido... bastante... Ven un momento á decir á la señora que es una profunda verdad que acá en Lynd y en las estancias *casi* todos los habitantes no tienen más que una mano...» Y comenzó á pasearse con las manos atrás, cantando á media voz:

—«Credo che un spirto del mio sangue pianga...»

—«Quiere decir, signora», explicó la prima de la dama de honor de Margarita de Saboya «que la gente está siempre pronta para comprar... pero no para pagar... Que tienen la mano ligera para elegir y llevar, pero para retribuir...»

—«Y son las autoridades las que dan el buen ejemplo!», gritó el viejo. Tome Ud. asiento, signora mía! Voy á contarle á Ud. una historia conmovedora en su sencillez».

«Fué en el Palacio de la Gobernación,

antes, mucho antes de la época de M. Viot, que es un verdadero gentleman... él... un hombre de gusto... un hombre fino que encarna en sí la infinita gracia de su raza francesa... (Márguera ¿has enviado las doce pieles encargadas por su Excelencia el Gobernador?...) dijo, súbitamente.

«Están ya en Palácio y pagadas» contestó la mujer.

—«Bien! le decía á Ud. que otro Gobernador cuyo nombre se me escapa... no por laguna de memoria... sino por discreción... porque, nadie, signor mia! *nadie* podía decir que los labios de Girolamo Zanti sean labios perversos... ¡¡Aléjate en paz, sombra pálida por el tiempo!! declamó el viejo, como si en realidad viera pasar la sombra del Gobernador, como Hamlet la de su padre en la terraza de Elseneur... «Aquel mandatario no poseía sino una mano!... la que elegía y llevaba... La que debía

pagarme, no existía. Le vendí por 4,800 pesos, en pieles diferentes...»

«Las estaciones sucedían á las estaciones... Girolamo según su costumbre se callaba...» «ah! el silencio! es una grandeza desconocida entre los hombres, signora! Es uno de los mensajeros que rodean el trono Altísimo... Girolamo! cállate... y no errarás! Después de haber pasado mi cuenta, sintiéndome cada día más viejo, tuve necesidad de dinero para nuevas compras, etc... y Girolamo se callaba...»

A veces salía á tomar el pálido sol de la región, bajo los balcones de la Gobernación... En una ocasión entré y pregunté *políticamente* por la salud de Su Excelencia... Se me respondió que estaba mejor de una enfermedad que le permitía todo, menos hablar conmigo...»

—«Pero Girolamo cuando quiere, *sabe* querer! Esperé con paciencia...»

yo sabía—un italiano *sabe* siempre lo que ha de suceder... Un día, el día de muertos, recuerdo, volvía yo del cementerio, adolorido el corazón, saturada el alma del horror que encierra el pensamiento de la muerte... Ah! la intrusa que nos arrebató los tesoros del corazón...! «añadió Girolamo verdaderamente conmovido...

—«De súbito... Su Excelencia á un paso de mi paso... No tuve ni aún el tiempo de pensar... Vi como en una visión mis pieles impagas!... esas hijas queridas que parecían reclamarme su precio... y queriendo dar á mi negociación el tinte de poesía que toda cuestión adquiere en mi espíritu formado como el del Dante, le dije, poniendo un dedo en el pecho, é inclinándome con grave y sobria elegancia:

—Excellenza:

«Per *me* se va nella città dolente...»

«Per *me* si va nell'eterno dolore...»

«Per *me* si va, *fra* la perduta gente...»

— «Y al día siguiente teníamos el dinero en caja...» dijo la mujer mirándome con una sonrisa á la que pasaba toda su admiración por aquel poeta que había basado su vida en la armonía.

—Ud. lee mucho, dom Girolamo? ¿Tiene Ud. una biblioteca? ¿conoce su magnífico Fogazzaro? Ha leído Ud. *Il Santo?*...

—«¡Un loco! un utopista!... ¡Hábleme Ud. de Carducci, ese *beau-mangeur* de siglos católicos, apostólicos, romanos...! respondió el viejo entusiastamente y en tono declamatorio. Hábleme Ud. del chantre de la Italia Republicana, adorador ferviente del sol, de la luz resplandeciente, de la bendita madre tierra... de la fecundidad de los campos!... ¡Hábleme Ud. de mi signor D'Annunzio, el creador del renacimiento italiano, el inventor de un idioma nuevo... de una percepción su-

blime... del representante moderno del antiguo paganismo! ¡Hábleme de Verga, el verista, de Capuana, de Butti, que ha descubierto el alma universal que la ha comprendido y hecho comprender al universo...! Hábleme de Zúccoli, de mi maestro Lombroso... del signor Ferrero...! *A la bonne heure!* Somos todos hombres de pensamiento profundo é igualmente orientado... momentos de la conciencia italiana...! Pero Fogazzaro que pretende corregir y hacer nueva *esa vejez*, esa vetustez que se llama cristianismo... ese sistema de gobierno humano que ya hizo su época y que cae poco á poco en desuso como un vestido inútil...! Fogazzaro que cree en la divinidad de Jesús! Bah!...

«A propósito de Jesús... Para mí el personaje simpático en toda aquella leyenda es el Bautista... Un refinado, ese! Una vez que instituyó los baños públicos en el Jordán, se retiró... como

hombre de gusto y de pensamiento puro! Ah! era un filósofo ese Bautista!.. El no se comprometía con sus respuestas... Luego, él usaba como vestido una piel... lo que habla á favor de sus gustos... Es mi precursor favorito... añadió Girolamo con gran seriedad.

—«Dom Girolamo le doy á Ud. las buenas noches! Es Ud. en verdad un *bon causeur*... Espero que las especies de Lynd y de las estancias, evolucionarán en el sentido de obtener el uso igual de sus dos manos...

—«Dum spiro, spero! «respondió solemne, abriendo la puerta de vidrios.

JOURNAL DE MARIE

«En mis buenos momentos; tengo pensamientos que me visten de luz... Me acuerdo de nuestros diálogos del pasado,

cerca del invernadero ó á la luz de las lámparas rosadas... El me daba todo lo que tenía en su alma de puro, de joven, de fresco... su pensamiento, su emoción, su devoción y su pasión tímida que se inclinaba ante mí, sin atreverse á tocar el extremo de mis dedos. *«Creo en la ascensión del corazón, decía, y es necesario disponerlo á subir siempre... Aspiro á ser la escala en que se posarán sus pies ligeros... y ayudarle á subir... jamás á descender...»*

«¡Qué alma! Yo no soy sino una pobre mujer y llevo en mí el estigma de una pasión! No quisiera jamás descender y coger la flor del amor mortal... Es comparable á las migajas que caen al suelo de la mesa de un banquete: esas migajas las recogen los mendigos... ¡y yo no tengo el alma de un mendigo!..

.....

.....

«Oigo en el fondo de mi corazón una voz que canta la monótona canción de la soledad... y las palabras de esa canción comienzan por una queja: *Voe soli! voe soli!*... Todo está consagrado en mi interior... el espíritu, las aspiraciones, la voluntad, el corazón, mis simpatías, la nobleza de mi impulso... todo! Pero hay un sitio en mi alma que no me pertenece ¡No puedo olvidar! y comprendo que por allí soy aún vulnerable... Como aquella princesa del cuento, yo había renunciado á todo... pero guardaba entre mis vestidos un alfiler de oro... y ese alfiler me pierde...!

«No soy sin embargo una criatura romántica?... Trabajo, me fatigo, tengo tareas que debilitan mis fuerzas físicas: soy capaz de un esfuerzo continuo. Cumpló con mi deber á todas horas... sufro en mis ideas porque veo que estamos tejiendo sobre un punto de ilusión que se romperá pronto... y sin embar-

go trabajo y entrego mis fuerzas y mi vida...! Pero permanezco lo que siempre he sido... La mujer de un solo amor».

«Los sonidos de una flauta llegan á mi oído en el silencio de esta clara noche... un acento fino y agudo vaga tristemente por la ribera del mar... y vacila, como pálido suspiro avanzando hacia la lejana distancia! Exasperante y doloroso grito que rompe el velo de mi ensueño!... Qué tristeza y qué languidez en estos acentos!... Los hombres de otro tiempo han vertido en estas flautas débiles todo lo que floreció en sus corazones... Por eso, se percibe en estos sonidos todo el dolor y la alegría de la antigua y de la nueva humanidad. El arte no creará, ciertamente, nada más gracioso que la canción de un pastor. El arte no es más que un reflejo de la vida interior y estos sonidos son la vida profunda... Con

estos mismos sonidos, en los tiempos del gran Pan, cuando el seno materno y misterioso de la Naturaleza se abría en silencio... los faunos atraían á las ninfas...

«La mujer de un solo amor.... ¿Es que lo habría dicho para mí, el Doctor, este amigo á quien estimo como si fuera tan antiguo en mi sentimiento...!

—Ah! ese recuerdo envenena mi vida... pero al mismo tiempo como el antídoto del rey del Euxino preserva mi alma de la tentación y acaso de la muerte.

¿Cómo será el fin de todo?... y ¿cuándo?...

Ordina quest' amore, o tu che m'ami!....»



IX

Orquídeas

El yacht de los Crawford anclado en rada desde varios días, había sido detenido por un terrible temporal de viento del sudoeste. El capitán creía más prudente bailar en el puerto que aventurarse en plena mar. Las cincuenta millas que separaban á Lynd de la estancia *Star*, eran verdaderamente peligrosas con semejante tiempo. «El mar es traidor...

«*Like women*», (como la mujer), decía el viejo lobo, arrojando al aire el humo de su pipa.

Mas, una vez que el cielo se abrió y que se apaciguó el mar, la alegre banda

de viajeros curiosos se fué á bordo de la *Gladys* y nuestro viaje comenzó felizmente.

Eramos catorce personas á más de la tripulación. Por de pronto todo pasó bien: pero al cabo de una hora, la *Gladys* se entretuvo en subir á la coronación de cada ola, y un *roulis* bastante serio comenzó á hacernos palidecer primero y luego á desaparecer uno á uno... No tuve vista ni conocimiento de nada sino seis horas más tarde, desembarcando delante de la estancia *Star*.

Es bonito, curioso, el aspecto de estos rincones alejados y salvajes, en donde se despliega sin embargo una riqueza de millones. La naturaleza no ofrece nada de muy extraordinario: lomajes suaves cubiertos de césped, bajan hasta el mar, que en esta región alcanza á una profundidad de 20 á 25 pies á la hora de la alta marea; y luego

desciende, se retira, desaparece absorbida por fuerzas desconocidas, dejando en seco las embarcaciones, y permitiendo á las carretas con bueyes entrar á la arena, é ir hasta el costado de la embarcación á depositar allí los grandes cargamentos de lana.

Las casas de habitación de los hermanos Crawford están á veinte minutos de la orilla del mar. Hay que dar la vuelta de una loma para salvar los *cañadones* ó quebradas cerca de los cuales se alzan los edificios al abrigo de los vientos y cerca de alguna vertiente que debe servir para abrevadero y baño de los millares de ovejas.

A las 7½ de la tarde descendimos de los carruajes y automóvil, frente á la casa principal de los Crawford. El pabellón inglés flameaba al viento; numerosos criados acudieron á tomar nuestros equipajes.

La casa «Crawford Brothers» es un

edificio cuadrado, de techo rojo, rodeado de espaciosas galerías de vidrio que son otros tantos invernaderos hermosísimos, admirablemente bien tenidos y gloriosos de flores y verdor. Las ventanas de las habitaciones se abren sobre estos jardines floridos de las más raras especies: y desde el alba puede oírse el trino agudo de las aves que viven libremente entre las flores, en un dominio de belleza.

La comida nos fué servida en una gran sala que es á la vez billar y biblioteca. La mesa estaba adornada con espléndidas flores: los criados perfectamente estilados llenaban sus funciones con toda corrección. Estábamos todos contentos, animados y muy curiosos de hacer á la mañana siguiente *le tour du propriétaire*, acompañados de Crawford.

Durante la comida un gramófono cantó toda clase de músicas... canciones españolas que el dueño de casa oía

encantado... *bag pipes* escoceses, un hermoso coro que oímos religiosamente, himno sagrado que comienza por estas palabras:

«I cling my God, to thee!»...

En fin, una vez que el tradicional *Rolly-polly* fué servido, pasamos al invernadero que formaba el fondo octógono de la sala, y que nuestro anfitrión designó como el santuario de las orquídeas.

—«Es mi turno ahora de dar á Uds. un agrado, señora, dijo el inglés. Guardo un excelente recuerdo de esa hora de música del último jueves... En cambio voy á mostrar á Uds. mi familia que es numerosa y variada. Poseo *spécimens* bastante curiosos.

El invernadero estaba todo iluminado con pequeños focos eléctricos que arrojaban su luz sobre aquella extraña flora haciéndola aparecer en todo lo que tiene de fantástico.

—«Es, decididamente, una creatura exótica, medio-flor, medio-pájaro, dijo Crawford. Yo las estudio desde hace cinco años y al fin he descubierto que poseen un alma... La orquídea no se asemeja á ninguna otra especie... ¿no lo cree Ud. así?»

—«Evidentemente, respóndile, cuando se las ve vivir así, es preciso creer que tienen una existencia de misterio que está fuera de la ley común. »

—«Ellas no beben sino claridad y brisa, dijo Crawford: y son fecundadas del modo más curioso. Se ocultan á mi observación como para encerrar algún pensamiento que no conoceré jamás!...

«He aquí á *Liparis*, prosiguió, *Soelia*, *Apkrys*, *Meotlia*, *Epidendrum*, *Augree*, *Cypripedium*. Las recibí de México, algunas de estas señoritas... Otras me han llegado de Singapore... Han atravesado el Océano delicadamente envueltas en musgos fibrosos, cuidadosamente abrigadas en raíces jugosas».

—«Las orquídeas son preciosas, sobre todo á causa de la labor inmensa que representa su cultivo», dijo Goetz. Los naturalistas han palidecido estudiándolas y formándolas y cada una de estas flores es el sueño de algún jardinero...»

«Diga Ud. más bien *su pesadilla*, dijo Crawford. Son tan extrañas! Vea Ud. esta fantasía azul, Madame Goetz... Es la sagrada *Nu-ran*, divinidad del Japón... Acéptela Ud., se lo ruego! Se fija Ud? Está compuesta de veinte cabecitas que forman su corola y termina por esta especie de cuerno... ¡es rara!...

—«Yo no sé definir la impresión que me dan, dijo Marie Goetz. Sin duda son hermosas, pero ¿creerá Ud. que una orquídea me produce una sensación nerviosa de temor... Tenemos que acostumbrarnos mas á su naturaleza híbrida, prosiguió. Es una flor nueva...

más bien una degenerescencia de la flora...»

— «¡No blasfeme Usted, Madame Goetz!... respondió Crawford. Si Ud. conociera su historia!... Chamberlain con su gesto matinal de colocarse en el ojal una orquídea, me inspiró la curiosidad de saber por qué nuestro ilustre compatriota se había dignado elevar hasta su altura una sencilla flor... Pues bien, Ud. sabrá que Chamberlain se condecora cada mañana con una especie del más alto rango botánico»....

— «¿Cómo así?...»

— «Positivamente. En Europa, la orquídea no era conocida antes del año 1845; fué Linden el más famoso de los naturalistas, que, volviendo de Río, de Espíritu Santo, Minas Geraes y Sao Paulo, pasó por las Antillas, á México, Venezuela, Mérida, Trujillo, en busca de nuevas especies. Las primeras que descubrió eran originarias del Brasil.

Se apasionó de tal manera aquel sabio, que á su regreso á Europa traía centenares de especies ya estudiadas y mezcladas entre sí... Pero temo fatigar á Uds. con esta larga lección... Para mí es una pasión y Uds. verán en mi biblioteca numerosos tratados sobre esta sección de la botánica. Cuando mis trabajos me permiten un recreo, yo me encierro en mis invernaderos y estudio...»

Expresaba Crawford todo aquello con ese aire de seriedad que el inglés adopta siempre en sus conversaciones... Se nos hacía muy simpático por la sencillez de sus recreos... Este Crawford era exactamente el inglés *pur sang*, que todos conocemos... el hombre que desde una hora temprana de su vida aprendió á conocer por sí mismo y á desafiarnos, el peligro y las dificultades del mundo exterior... El inglés del *tub*, del *tennis* del *cricket*, del aire libre,

sano, fuerte; el inglés de una escuela en la que encuentra desde la primera juventud una atmósfera de perfecta salud moral y natural... una disciplina absoluta... instrucción y educación al mismo tiempo... y tan confundidas y tan mezcladas una á la otra que en inglés no hay sino una sola expresión para designarlas «*education*».

Mirando á este hombre de 34 años, tipo perfecto de fuerza y de belleza masculina, yo pensaba en aquella palabra de Herbert Spencer: *Es necesario ser un buen animal: es la primera condición para alcanzar éxito en la vida*. Acaso quería expresar el gran sociólogo que la conservación de la salud es el primero de los deberes, y que todo perjuicio contra ella, es un *pecado físico*... (1).

—«Dígame Mr. Crawford: Ud. hace mucho ejercicio, ciertamente?»

(1) Clement Dukes.

«*Of course!* les mostraré á Uds. nuestro *tennis lawn*, mañana espero á algunos amigos para un gran match. Nosotros descansamos jugando...»

—«¿Y como se hace que los jóvenes ingleses, educados haciendo su latín un poco de griego... y muchísimo ejercicio de *boating* y *cricket* y *football*, llegan á ser con el tiempo grandes hombres, figuras de primer orden, estadistas como Palmerston Disraeli, Gladstone...?» preguntó Wetnetsof.

«But we have got english mothers for them...! (Hemos *obtenido* para ellos madres *inglesas*...!) contestó el inglés con un acento de orgullo conmovido que nos encantó... «Pero veo, agregó, que todos Uds. están fatigados, y como mañana será un día de *sport* y de curiosidad, es necesario que nos reposemos».

Diciendo estas palabras, nos deseamos mutuamente: «Good night»...

.....

Al día siguiente, después del *breakfast* de las 9 salimos, acompañados por Crawford, á visitar los puntos de interés de la estancia—las ovejerías, sus baños, el curioso sistema que los ingleses han establecido y que es sin duda la perfección.

Desde luego la estancia *Star*, tiene una extensión de 300,000 hectáreas cuya principal parte son vastas llanuras sembradas de pasto. En estas llanuras, á una cierta distancia, existe lo que llaman *un puesto*. Los *puestos* son casitas de madera bien abrigadas, con un dormitorio, un patio de vidrios y una cocina provista de todo. Los vigilantes de la estancia, recorriendo los dominios están seguros de encontrar allí cuanto necesiten para alojarse confortablemente... cama, alimento y abrigo cuando el tiempo amenaza lluvia ó nieve. Un empleado inferior hace la vuelta por todas estas casitas, encargándose de

proveer á lo que falte en ellas. Esta práctica es esencialmente inglesa: y obedece ciertamente á un principio encarnado en la raza—conservar el cuerpo en perfecta salud y en equilibrio de fuerzas. El inglés come bien, pero detesta la obesidad que considera como una degradación y que combate como una plaga! Pero el inglés busca siempre la manera de no sufrir de ninguna privación que disminuya su fuerza. Pien- sa que lo que fortifica el cuerpo, forti- fica también el espíritu, pero que no se vive para comer, sino que se come para vivir.

Los corrales de ganado lanar están al cuidado de un ovejero que con el con- curso de los famosos *collies* pastores, tiene bajo su vigilancia 10,000 ovejas á la vez. Estos perros admirables obedecen á silbos especiales del guardián, y así vimos que el ovejero, de pié en me- dio del corral, silbó á los cinco perros

que lo secundan y la más maravillosa, más perfecta y más ordenada evolución comenzó. Los perros comprenden que deben colocar las ovejas rodeando al ovejero en numeroso círculo... y lo hacen con tal perfección y práctica que en siete minutos la enorme asamblea está formada en círculo. El ovejero silba de nuevo, poniéndose tres dedos en la boca, y los evolucionistas se dispersan obedientes.

Los corrales son grandes extensiones cercadas de alambre: el extremo de cada corral está terminado por lo que se llama allí una *manga*, ó sea un callejoncillo estrecho al cual prenetran las ovejas una á una para ser cuidadosamente examinadas. Esta *manga* se comunica con los baños que tienen una profundidad bastante considerable para que la oveja pueda nadar y sumergirse de modo de recibir todo el beneficio del *dip*. Del baño salen atravesando un

plano inclinado para que el agua que destilan, vuelva al *dip*, y la oveja pasa á un pequeño corral que se abre sobre un gran potrero lleno de pasto. El corral da al galpón de esquila donde los esquiladores en número de veinte ó treinta esperan cada cual en su *box* á la oveja que entra por una puertecilla baja que se cierra por sí sola y el esquilador comienza su función, que dura siete minutos. Todo el toisón de la oveja cae al suelo.

Esta lana una vez lavada se clasifica muy curiosamente. . . . Allá al fondo de este recinto de actividad siete ó diez niños aguardan no se sabe qué. . . pero se ve que forman parte en el trabajo general. A una señal de los esquiladores, esos niños comienzan la clasificación de las lanas hecha con el extremo de sus deditos puros de todo contacto que pudiera endurecerlos. Tiene algo de muy poético esta función. . . . Los dedos de

los niños toman una pequeña cantidad de lana, la hacen dar vuelta entre sus yemas suaves y la separan en tres secciones. A B C. En seguida los trabajadores hacen de las lanas inmensas pilas, los enfardadores la pesan la amarran y la arrojan sobre las carretas y los enormes bueyes arrastran hasta el flanco mismo de la embarcación en seco, la preciosa carga.

Visitamos en seguida el *cook house*, la habitación común de todos los obreros. Es una inmensa sala, en medio de la cual hay una gran mesa blanca, brillante de limpieza, como está también el piso y las murallas y la gran cocina del fondo. Esta sala está rodeada de camas colgantes como en las cabinas de un barco: pendiente del muro y frente á cada lecho una consola con el plato, el cubierto y el vaso de cada individuo. Los patrones reciben de Europa toda clase de revistas ilustradas que

una vez leídas van al *cook house* cuyas paredes están llenas de grabados y fotografías y escenas de toda clase. Estos obreros siguen atentamente, y á su manera, el movimiento del Reino Unido: ellos *love dearly* (aman tiernamente) al primer *gentleman of England*, el elegante Eduardo VII... Comentan su toilette, la forma de su barba, su último sombrero, el corte de su chaleco...

—«Qué te parece el sombrerito que ha echado el Rey, White!»

—«A lo menos Edward se viste mejor que ese pequeño regordete llamado Fallières que tanto se parece con el pastelero Plin de Lynd».

—«In my opinion every member of the Royal family is right enough», dice un viejo de cabeza blanca con una barba que da vuelta por su cara afeitada encerrándola en un marco nevado. «But I cannot forget the old Lady!... She

was certainly the best head of the whole lot!» (1).

«Me gusta este Ellis Barker que canta la verdad á los Comunes», dice un inglés joven de pelo oscuro, de mirada enérgica y atrevida. «Les aseguro que si Inglaterra no abre los ojos hacia el lado de la Alemania y Estados Unidos, perderá su poder. «I like awfully his patriotic speech! Barker no está buscando su propia gloria como el hombre de la orquídea...»

Estos y otros diálogos son de uso entre estos esquiladores ingleses y chilenos que viven en armonía rara vez turbada á pesar de las diferencias de raza.

.....

Hacia las tres de la tarde, una buen número de jóvenes ingleses de las es-

(1) En mi opinión, todos los miembros de la familia real son buenos... pero no puedo olvidar á la anciana Señora!... Era ciertamente la mejor cabeza de todo el lote.

tancias vecinas llegaron á *Star*. Debían viajar á Lynd al día siguiente. La comida fué de gran estilo: todo el mundo en traje de etiqueta. Sabemos que el inglés se viste para la comida aunque esté solo.

A un momento dado Crawford nos pidió le permitiéramos ausentarse un minuto. Con él salieron también los nuevos huéspedes, quedando con nosotros Mr. Waldron quien nos explicó que sus amigos habían preparado en honor de nuestro una comedia titulada *The Orchid*... lo que probaba que esta rama de botánica era el *leit-motif* de Mr. Crawford.

—«Nosotros ingleses, dijo Waldron, gustamos extraordinariamente de esta clase de representaciones... *exotical scenery* y *humour*...

—Aun son Uds. los creadores de ese concepto de tan difícil definición, dijo Goetz, conozco muy bien á Jerome P. Gerome.

—«¡Oh es espléndido! no es así?

—«Pero el *humour* es originario de Shakespeare, Mr. Waldron... ¿No lo cree Ud. así?

—«Ciertamente: recuerdo por ejemplo este pasaje de Hamlet:

—¿Dónde está Polonio?

—Cenando

—Cenando? y dónde?

—No donde come, sino donde es comido... en una reunión de gusanos políticos...»

Y el inglés recitó por entero la macabra respuesta.

—«Tienen Uds. también á Swift, Johnson ese bruto, el suavísimo Laurent Sterne, y Dickens que se asemeja tanto á nuestro Alphonse Daudet».

«¡Oh pero en mi opinión, el americano Mark Twain aventaja á todos los humoristas... Recuerda Ud. su...»

En este momento las puertas del invernadero se abrieron y Mr. Waldron

nos invitó á seguirlo al gran salón de la casa, que aún no conocíamos y que estaba arreglado con profusión de flores y luces. Primero hubo un coro invisible de voces de todo color entre las cuales la de Crawford de un verde muy joven... pero muy joven! Luego se alzó un gran cortinaje, y una banda de muchachas rubias y rosadas vestidas de pyjamas con sus trenzas de oro brillando á la espalda, apareció en la escena. Eran los jóvenes recién llegados, que representaban la *Inglaterra moderna*... En seguida una nueva procesión de viejas horribles con *bigoudis* y camisas de noche representaban la *antigua* Inglaterra. La *músical comedy* era una sátira fina contra Chamberlain «*the man of the orchid*» y contra sus ideas imperialistas, burladas allí con un delicioso *humour*. Estas dos Inglaterra terminan uniéndose en un furioso *cake-walk*.

El primer actor era nada menos que

nuestro amigo Crawford que se sobrepasó á sí mismo con frases cómicas y *sallies* de toda especie. Estuvo espiritual y ridículo: su voz tomó tonalidades tan inesperadas que los espectadores reíamos como niños.

Es una característica del temperamento inglés esta especie de representaciones: el inglés busca en el teatro una hora de diversión. Las alusiones políticas, las canciones satíricas y lo exótico tienen toda su preferencia, y admiran grandemente el humour y los *calem-bours*.

En suma, nuestra visita de treinta horas á los Crawfords, fué una nota muy agradable. Al día siguiente por la mañana la «Gladys» nos conducía á Lynd á donde desembarcamos á la radiante hora de un crepúsculo que hacía de esta región árida, un país extraño sobre el cual brillaban hasta cerca de la media noche los rayos de un sol cuyos últimos

reflejos se confundían con los de la aurora de rosados dedos que venía á abrir de nuevo las inmensas cortinas del horizonte.

JOURNAL DE MARIE

Mi única sociedad, cuando, por una oscura necesidad de mi sér, puedo aislarme del exterior, son mis pensamientos... buenos y hermosos—porque se bañan en las memorias del pasado... en esa ribera encantada por donde caminábamos ambos...

Y yo, sin embargo soy feliz!.. así dicen todos... Pero ¡qué lejos de la felicidad me siento! La felicidad!... qué quimera!.. visión intangible que se aleja á medida que se extiende hacia ella nuestro brazo para alcanzarla ó para tocar la orla de su vestido de oro... La felicidad de este mundo, no es sino el

grado máximo de poder ilusorio que cada cual lleva en sí mismo... Aquel á quien esta potencia haya sido denegada... (y ¿por qué?...) es un desheredado que no conocerá de la vida sino su amargura.

Miro en este momento el retrato de mi Padre... Lee siempre... El me decía á veces que, bebiendo el aire fresco de las mañanas de verano y su suave luz, y aspirando el aroma de los campos que atravesaba al trote de su caballo, él se sentía inmortal... porque sentía en sí la inmortalidad de la naturaleza...

Querría verlo... tal como está al presente... en su destrucción. Ella me revelaría más que cualquiera reflexión de orden sobrenatural como *eso*, que lo constituía un sér de elección, un alma única por sus conceptos sobre la vida y su admirable talento, subsiste y subsistirá siempre... aunque invisible... en otra parte...

Ah ¡quién me comprenderá!.....

.....
Será necesario, oh alma mía, que lleves la cruz de la soledad del corazón con *serenidad*, ya que la alegría no aparece en la intimidad de tus fiestas espirituales. El destino no ha sido pródigo contigo y llorarás á menudo un mal de ausencia... Tienes necesidad de abnegarte... de olvidar y perder de vista tus angustias en las profundidades de un alma que amases... que fuera como la flor y fruto de la tuya...

Pero hay que ser fuerte y valerosa!.. La vida tiene en sus caminos hermosas siemprevivas que recoger. Nadie tiene el derecho de vivir únicamente para sí: debo entregarme á los demás... á los desheredados de la fortuna y del mundo... A los que abandona el valor... que lloran y que tiemblan! para soplar sobre su frente una brisa de caridad... He de estrechar contra mi

corazón, contra mi seno virgen, esa miseria que se estremece; y que se purificará si su sed es saciada en una fuente pura.

Aquí experimento el reposo completo... Allá en nuestro mundo se vive demasiado intensamente; los nervios y la sangre están en continuo movimiento extremado; nuestro cerebro adquiere cada día una nueva impresión mas ó menos exterior ó física, y á pesar de todo, nuestro fondo de alma permanece el mismo, en cuanto á las cuestiones que más nos interesan... Quién se explica el misterio de la vida?... y cuántos se encuentran satisfechos de ella?... Y la muerte?...

La muerte para el que se complace en sondear lo desconocido, es, despues del nacimiento, la novedad más misteriosa de la vida individual. La muerte tiene su secreto... su enigma... y yo

guardo la esperanza que ella me dirá la palabra de ese enigma... Así mi último dolor será también mi última curiosidad.

Pero la muerte no es peor que la separación. La muerte tiene un carácter absoluto, fatal, inevitable que encierra un oscuro consuelo... Pero la separación! es una muerte consciente... es una muerte rodeada de pesadumbre, del deseo con todas sus sensaciones dolorosas...!

En breve dejaremos este sitio de paz. Nuestro viaje á París está decidido... Sentiré vivamente el silencio y la tranquilidad de este rincón del mundo nuevo, donde acaso se agitan las mismas pasiones que allá... Solamente yo no las he conocido porque no me han rozado... Llevo en mi memoria un recuerdo precioso y me abrigo en esta nueva amistad como en un manto de felicidad, tibio y dulce.

París es el corazón humano del mundo: el centro donde se elaboran todas las pasiones.

Hablamos ayer con Grace y ella me arrancó la promesa seria de estas confidencias escritas para publicarlas... ¿A dónde irán? ¿A qué alma, hermana de mi dolor, irán á dar aliento y á enseñar que no hay prueba superior á la que el valor humano puede soportar?

.....

Hay en el alma humana fuerzas invencibles cuya fuente permanece desconocida... pero que existe. A este principio lo llamo esperanza. Hay Alguien que vela eternamente sobre nosotros: lo he comprendido leyendo la historia del mundo, en la ordenada sucesión y fatal lógica de los acontecimientos... ¿Es él quién hace brotar en el alma humana esas fuentes alentadoras?

X

El Diálogo de la noche última

«Fué en un baile...—comenzó Marie sin mirarme, fijando sus ojos en el vacío, sobre el mar, que ella no percibía sino como una inmensa sala de baile en la cual muchas figuras enlazadas danzaban vertiginosamente». El llegó algo tarde: yo no lo conocía... Pasó... y yo pregunté á mi compañero:

—«Quién es ese joven?

Al mismo tiempo, él volvió, dando el brazo á una joven amiga mía.

«Es M. de Morly que quiere conocer», dijo ella.

El se inclinó tomó mi carnet y escribió su nombre atravesando todos los demás y algunos minutos después nos sentábamos á conversar. Nuestras almas deben parecerse entre sí, porque estábamos de acuerdo sobre todo.

Hablamos de música, de la evolución de este arte sorprendente, de la influencia wagneriana sobre el mundo, de Bayreuth, templo de místicas ascensiones. Hablamos de una decadencia posible en Inglaterra, que, adormecida sobre el laurel de sus triunfos, pierde la fuerza de su comercio... Hablamos de Italia que él acababa de visitar, de Florencia la armoniosa... sobre la cual vive el recuerdo grandioso de sus artistas admirables que la engastaron como á joya gigantesca... Así poco á poco nos elevamos en el diálogo y llegamos á hablar del amor...

—«Entonces Ud. reprueba los matrimonios de inclinación, M. de Morly?

—«Temo á los *matrimonios de amor* Mademoiselle», dijo gravemente M. de Morly.

—Y ¿por qué?

—«Porque el amor promete demasiado...

—«¿Y no cumple? Vamos! dije yo M. de Morly! Me asombra Ud! es rarísimo lo que sostiene Ud...

—«Es muy sencillo, por el contrario... pero Ud. no puede comprenderlo con su alma inocente... Dígame... añadió ansiosamente ¿dónde podremos encontrarnos de nuevo? Porque deseo verla...

—«Vamos al mismo mundo, visitamos á los mismos amigos... Nos encontraremos seguramente...»

—Pero ¿dónde? ¿cuándo?... murmuró él apresuradamente...

—«¡Oh, yo no sé!»

—Y no me dice Ud. nada más? prosiguió él con nueva ansiedad...

—Pero yo sé que nos volveremos á ver, dije yo temblando á mi arrojo... y acaso también á la idea de que esta entrevista no tuviese lugar bastante pronto...

—«Fué el principio de mi desgracia, prosiguió Marie... Vivíamos entonces en Viena, cerca de la Burg, al lado del Barón de Nopscka, muy amigo de mi padre. Allí nos encontramos muy á menudo hasta el fin de aquel idilio... Yo viví durante todo ese tiempo en una especie de sueño... En vano traté de saber si aquel estado letárgico era el amor!.. Sin embargo, yo me hacía hermosa para él, no pensaba sino en él y en el momento de nuestra próxima entrevista... Deseaba continuamente su presencia y quería siempre oír de sus labios tantas cosas nuevas... Sus apreciaciones, su observación justa y profunda sobre la vida, sobre el arte, sobre el corazón humano... Me abría ante

los ojos un mundo nuevo, y, se lo repito, yo vivía en él, inconsciente... ¿*Feliz?* No lo sé! No recuerdo haber sido *feliz*, ó mas bien dicho *era feliz* pero no *poseía la dicha*... ¿Me comprende Ud? Este matiz que se asemeja á inaceptable paradoja, tiene su explicación. *Ser feliz*, es más bien no haber sido turbado en las fuentes mismas de la vida del corazón... *Poseer la dicha* es poder comparar la alegría presente con el dolor pasado... *Poseer la dicha* no sabría expresarse con palabras... *Ser feliz* es muy fácil y muy breve... En suma, la dicha es una posición afirmativa del alma... La felicidad es *el no haber sufrido*, lo que se asemeja mucho á una posición negativa... ¿No lo cree Ud. así?...»

«Pasaba el tiempo y yo comencé á sufrir porque comprendí, á la hora de sus ausencias, que él había tomado mi vida entera. Esperaba, sin embargo,

con tranquilidad, el momento que debía unirnos. Yo poseía de él todo lo que él era... Cada día me daba más de su juventud, de su frescura, de su entusiasmo. Míos eran sus pensamientos, sus emociones, su devoción... y una ferviente pasión contenida que lo volvía á veces sufriente... casi inquieto... esta inquietud venía á mí...

—¿Qué tiene Ud. Morly?

—«Es que la amo con todas mis fuerzas, con toda mi alma»... me dijo con dolor...

—«Y se diría que eso lo hace á Ud. desgraciado».

—«Es que no debe amarse así»,... respondió él...—«¿Y Ud., Marie?... ¿es Ud. bien feliz?... Ud. es *mía* ¿no es así? No se sonroje Ud. de ese modo... Tú tienes confianza en mí ¿no es cierto?...

—«Sí, pero todo se lo diré á Ud. después...»

—«¿Después de qué? Marie...

— « Después de nuestro matrimonio... » dije yo... y sentí inmediatamente (¿por qué?) que ese matrimonio no se haría jamás...

—«Desde ese instante un sufrimiento atroz comenzó para mí...» prosiguió Marie cerrando los ojos como para no ver de nuevo la imagen de aquella lejana agonía...

«¿Para qué referir á Ud. todo aquello? .. Es tan extraño... y luego tan íntimo que su fina esencia se pierde al contacto de la expresión. A la distancia, y en sus cartas que yo recibía á menudo, todo su amor se revelaba, grandioso como el firmamento en el cual no brillaba sino un Astro... el Astro conductor, decía él... Pero cuando estábamos juntos, surgía entre nosotros una especie de malestar... y una sombra nos separaba. Yo llegaba á desear que él estuviera lejos, para recibir sus car-

tas llenas de amor... Este amor, él lo sentía lo mismo que yo... y sin embargo, Dios sabe qué fatalidad enemiga quería nuestra...

—«Marie, dije yo poniendo mis manos sobre su brazo... «escúcheme... no sufra Ud... no insista más en esos amargos recuerdos. Esa *fatalidad enemiga* como dice Ud, se llamaba con otro nombre... Era Dios que velaba sobre su alma, que le rehusaba la *dicha* y que la quería *feliz*...

—«¿Tú también me dices eso? ¡Oh, Grace explícame!... ¡Ah qué dolor! gimió Marie en una crisis de amargo llanto...

Yo recordé la noche inolvidable del diálogo entre los esposos Goetz y comprendí más y más la profunda herida de aquella alma.

—«Es que... ves tú? Gabriel... Mr. de Morly» corrigió ella, «me explicó él también que para nuestra felicidad de-

bíamos separarnos... y llegué á comprenderlo... pero jamás, óyeme bien, jamás mi corazón ha podido aceptarlo...

—«Y sin embargo era lo que debía suceder para que *fuieran Uds. felices*... como dices tú...¿ Quiéres oírme un momento, pequeña mía?» añadí yo con un sentimiento y un acento maternal.....

«Comenzaré á mecer tu alma con un pensamiento que encontrarás tal vez banal. Marie, es necesario creer que los artistas no están organizados como el resto de la humanidad. Su temperamento arroja un sortilegio sobre todas las cosas, y tienen una percepción especial de la vida y del amor. M. de Morly es un artista: no conozco su obra musical, pero he visto esa pintura que adorna tu boudoir y ella me ha revelado un alma extraordinaria—el alma del artista místico.

«¿Puedo hacerte la psicología de este

sér aparte?... El artista místico, excepcionalmente dotado para gustar de la forma terrestre, no puede, sin embargo, ser encadenado por ella... y cuando estrecha contra su corazón á la Bien Amada... cuando contempla los juegos de luz y sombra... cuando respira el aroma sutil de las rosas... ó que escucha la eterna sinfonía del mundo... sueña, Marie... sueña siempre más lejos... Pide un abrazo que la muerte no pueda separar... Quiere una armonía que no esté medida por el tiempo... Exige un perfume que la brisa no pueda disipar... y aspira á contemplar claridades sin sombra... Solamente estas criaturas de elección vienen á la vida en un siglo débil y nebuloso... dominado por la sangre y los nervios... y no tienen valor para huir completamente. Tanto tú, Marie, que eres uno de estos seres, como tu lejano amigo, no estábais hechos para gustar del amor mortal...»

—«Nó, no es eso lo que él me decía, Grace. En su última carta de ese tiempo me explicaba su alma... Es casi como lo que tú piensas... pero hay más. M. de Morly resumía su caso con estas palabras que no he olvidado:

—«*Mi desgracia no tiene más que una causa... y es que en un mundo donde todo cambia, sólo el amor no quiere cambiar. El amor promete, y luego en el hábito de la vida común olvida sus promesas... cede, se transforma y muere... Ese es el amor eterno en su inconstancia... ó inconstante en su eternidad*».

—Yo te añadiré lo que sé por mi propia observación, Marie... Uds. debían casarse... ¿no es así? Y bien, yo he visto que, en efecto, al cabo de un cierto tiempo, una especie de decadencia se produce en las almas de estos seres de pasión que se unen en un grande amor... Bueno es que los esposos se agraden mutuamente, que los lazos se formen entre

ellos *poco á poco*, y que sea de la vida común que nazca, crezca y se desarrolle el afecto... He ahí la verdadera naturaleza, la sana y regular condición del amor conyugal... Pero colocar en los principios de una serie de hechos, lo que debe ser justamente el paulatino desarrollo de *otra* serie de hechos, va en contra del orden natural de las cosas... Alzar la estatua antes que el pedestal es una locura que tiene consecuencias espantosas!..

—«Ahora ¿comprendes tú que aquel hombre que era un artista, con todo el cortejo de especialidades que caracterizan á esa familia, no hubiera podido jamás abordar y vivir la vida conyugal hecha de calma y de paz? ¿Y comprendes también que para no perder ese sentimiento de amor que inspiraba todas sus obras y constituía su vida entera, le hubiera sido necesario *renunciar á ti*, que encarnabas para él la perfec-

ción del humano amor y del amor ideal que una vida ordinaria haría desvanecer... destruiría, acaso? . .

—«Lo he comprendido, Grace... pero te repito que mi corazón no ha podido aceptarlo...»

—«Lo comprendo demasiado... puesto que tú eres hecha para amar una sola vez... Pero es necesario que eso desaparezca... ¿No sientes que es un desequilibrio en ti? . . un elemento mórbido y enfermizo que absorbe las fuerzas de tu alma? . . Algo así *como un veneno que destruyera tu vida lentamente*... añadí yo, mirándola fijamente.

—«No lo sé, Grace! A veces lo he creído... y he usado tus mismos términos durante mis horas de debilidad y desesperación... Otras veces yo constato que es un antídoto que me preserva de otros venenos... Tú sabes que en la vida hay que decir muchas veces: «et ne nos inducas»...»

—«Sí, lo sé; pero es una tentación ese recuerdo y esos pensamientos...»

—«¿Una tentación que sostiene á dos almas y no las deja caer?... respondió Marie murmurando con voz casi inaudible...»

Yo sentí que había en el fondo de aquella alma un elemento de resistencia que hacía imposible toda evolución... Pero no por esto me desconsolé... Es bueno creer que existe sobre la tierra una forma perfecta del amor... y recordé la admirable definición que da el libro III de la Imitación...

—«Oyeme, Grace, continuó Marie: yo sé que *jamás* curaré de este mal... Pero te aseguro también que jamás desde aquel tiempo como nunca en el porvenir hemos tratado ni trataremos con Gabriel de nuestro mutuo sufrimiento... La única cosa que nos liga es el pensamiento, y una inspiración que vuele entre nuestras almas de una á otra...

El inspira mi arte musical. A veces estoy tan absorta por él, que me sucede de mirar y de no ver... No sé interesarme verdaderamente en nada... me siento impenetrable y estoy como los antiguos guerreros, vertida de una malla invisible... Estoy á veces en el seno de una asamblea tan ausente como en el medio de un bosque... (Yo recordé mis impresiones primeras que creo haber transcrito aquí mismo). «El me reviste de su recuerdo... y tú no sabes, Grace, hasta qué punto, lo que yo llamo *«el asilo de mi pensamiento»* me ha servido de preservación... y de éxito, añadió Marie riendo entre sus lágrimas.

—«Qué podía yo decir? *De preservación...* Debía ser cierto, puesto que ella lo decía... Pero un amor fuera del matrimonio?..

—«Por lo demás, Maxy sabe todo» dijo Marie, contestando á mi pensamiento. «El conoce á su amigo... y me

conoce! Pero él vive un sueño de paz... él: y no admite ni comprende la lucha. Yo trabajo para él y con él: somos profundamente unidos el uno al otro... Yo gasto mi vida en secundarlo: vivo á su sombra y así se acabará mi existencia...» dijo ella en nueva crisis de llanto.

—«¿Tienes algún deseo, Marie?» «¿quisieras que tu vida cambiase?»

—«Nó, dijo ella», la prefiero así puesto que así la ha querido para mí aquel que más me ha amado, y á quién yo misma he amado con todo mi sér. El me descubrió el secreto del Destino. No haría nada para cambiar mi vida. Creo firmemente en estas palabras de un antiguo:

«Así como hay dolores enemigos que disecan las almas, así hay dolores amigos que las cargan de flores y de frutos... Pero hemos hablado demasiado de mí... ¿quieres tú contarme tu secreto..? Di-

me» añadió «¿no tendrías tú alguno de la misma naturaleza que el mío?.. Tan bien me has explicado todo que parecías estar leyendo en el libro de tu propio corazón...»

—«Ah! mi historia es muy breve. Yo soy feliz porque nunca he sido fuertemente turbada... y si lo he sido, vencí y olvidé cuando nació mi hijo...»

—«¡Oh! comprendo que la maternidad oriente y fije de un modo definitivo la naturaleza moral de la mujer», respondió Marie con profunda melancolía.» «Y luego es tan hermosa, tan poética, tan soberana, á más de su carácter sagrado...»

—«Pero es una ciencia que hay que aprender, Marie, te lo aseguro. A pesar de todo, soy de la opinión de esas mujeres, que, no sintiendo en sí el llamado de la maternidad renuncien á ella para absorberse en otros ideales.

—«Muy justo es, en efecto... Pero

yo creo que en toda mujer se oculta una madre...»

—«*Madre* es un concepto que tiene más de una acepción, Marie! No acabaríamos de hablar sobre este tema...

—«¡Cuán cierto es que en esta miserable vida no existe *lo absoluto* y lo inamovible!» dijo ella soñadora... Veamos, si no! Las costumbres, los gustos, las inclinaciones, los conceptos sobre la vida... la belleza... la verdad... la religión... todo cambia cuando solamente las ondas de un Océano ó una blanca montaña, separa un país de otro y uno de otro continente... Tanto es así, que á veces pienso que nada existe sino como concepción de nuestro espíritu...

—¿Quién representa completamente la Idea? Lo sabes tú? Yo no lo sé. En los individuos las especies se realizan entre millones, diferentes todos uno de otros... Entre todas las rosas que flo-

recen en el mundo, ninguna es *La Rosa*: entre todas las mujeres que agradan ninguna es *La mujer*... Entre las vírgenes de Rafael, ninguna es *perfecta*, puesto que el Ticiano, y el Vinci, crearon otras tan hermosas como aquélla... Aún, desesperaron de realizar las concepciones múltiples de su espíritu...

«¿Acaso la Religión?... Pero ya sabemos que hay tantas... y que cada cual se cree la verdadera...! En fin, nada sabemos, nada somos, y añadiría, nada poseemos si no sintiera la delicia de estas horas de intimidad profunda... únicas en mi vida... y últimas... Tienes siempre la idea de escribir la historia, de esta gran simpatía que tiene los caracteres de la eternidad, puesto que no ha tenido principio ni tendrá fin?...» dijo riendo.

—Sí, ciertamente, como te lo he dicho: Escribiré sobre estas horas inolvidables, para revivirlas y para decir á

los que me lean, aquellas palabras de Hamlet:

«Hay muchas cosas y muchas personas que no están al alcance de vuestra filosofía...»

—«Por mi parte yo no te olvidaré jamás», respondiíme Marie conmovida. «Nuestra vida es muy accidentada y de continuo movimiento... Pero te prometo que mi pensamiento vendrá á encontrarte siempre...»

—«Y me dirás todo?»

—«*Todo*, y particularmente la certidumbre que tengo de que jamás he de darte motivo para que te alejes de mí... Mañana estaré de nuevo delante del terrible *Voe soli* que aparece tan á menudo escrito sobre el muro blanco de mi jardín interior, á donde sollozo tantas horas»... dijo ella. «Quiéres hacerme un favor Grace? Déjame atar á tu brazo este brazalete... y llévalo siempre en recuerdo mío... «Rubís y brillantes, co-

mo quien diría sangre y lágrimas... es mi símbolo! así pensarás en mí con verdad... ¿«Se embarcan Uds. mañana muy temprano? Iremos á bordo, ciertamente...»

—«Te ruego que no vayas, Marie. Ahora, déjame ir! Mejor es evitarnos una despedida dolorosa... pero que yo no siento como definitiva. Sabes que el año próximo viajaremos nosotros, y que según nuestro plan, pasaremos las festividades cristianas de cuaresma en Kief... Posiblemente nos encontraremos...

—«Sí, seguramente... pero Grace... antes de separarnos dime que no me olvidarás cuando te reunas á tu Yack...?

—«Adiós Marie!... Ya sabes que eso no sucederá jamás...» dije yo sintiendo que un doloroso llanto me ahogaba...

—«Adiós, entonces», dijo ella cayendo sobre su sillón y ocultando su rostro con su brazo.

—«Adiós, murmuré yo, besando pia-

dosamente sus cabellos de oro.....

.....
El *Ortega* caldeaba sus máquinas desde la media noche; un humo negruzco salía en columnas finas primero, gruesas y compactas en seguida, por la ancha chimenea negra. A bordo se hacía la gran limpieza... Los *Stewarts* en *deshabillé* corrían desde las cocinas al comedor y desde el comedor á las cocinas, preparando el *breakfast*, preocupados de su tarea. El viejo capitán *Harding* nos recibió amablemente, felicitándonos por vernos volver á la capital después de tan «*heroic station in that abominable Lynd*»...

El no sabía que mi memoria debía volver á menudo á recuerdos preciosos... Que dejaba tras de mí al Capitán y señora *Albany*, haciendo sus paquetes para correr al norte detrás de un cierto galón dorado que perseguía su sueño... y que habían merecido ambos, después

de sus dos años de decoraciones de mesa y de gloria clavada en las naranjas familiares que les recordaban las de Honolulu...

Que yo tenía una amiga en cada una de las graciosas y elegantes consulesas, tan bonitas y finas como excelentes madres de familia... Que el doctor Wetnetsof, de quien yo había recibido la confesión de un amor desesperado por mi amiga y que partía con ella, venía á ser para mí un buen amigo por el hecho solo de haber comprendido y amado aquella alma exquisita... Que Marie Goetz iba á hacer falta en mi vida como una bella luz de mis días á veces monótonos y sombríos... Que me faltarían hasta mis conversaciones con aquel bandido poético de Girolamo Zanti con el cual la escena final había sido del más alto clasicismo puesto que Dante y Carducci y Lombroso y D'Annunzio se habían mezclado en ella... todo esto con

una sincera emoción de parte del viejo, acaso porque perdía una cliente muy poco comerciante...! Y que todas estas imágenes en su confusión, formaban una hermosa armonía de conjunto cuyos ecos habían de resonar en mi memoria, preciosos, inolvidables.

CHALET DES ORMES.

Julio-agosto, 09.

